

Caminos triunfales

Con Franco, en el Mediterráneo

Cuartel General

Estaba la noche, cálida ya, hirviente de luceros, y en torno a la residencia ocasional del Generalísimo se adivinaban, más que se veían, las líneas inmóviles de los contornos. Sordamente sonaban los timbres de los teléfonos, iban y venían ayudantes y ordenanzas. Y yo saboreaba en la sombra las palabras halagadoras que en mi corazón eran como condecoraciones de que ya nadie podrá despojar-me y me había dicho en el jardín, al verme por vez primera después de muchos meses de guerra, cuando ya su nombre es como una estrella que en todos los rincones del mundo alienta ambiciones y nobles sueños de adolescentes. Vinieron a decirme:

—Su Excelencia le invita esta noche a su mesa.
Y en seguida me puse a desdoblarme en el futuro. Uno ya no vive sino como espectador, sin otro anhelo que el de atorar imágenes que llegar al porvenir, cuando los años hayan pasado y de uno mismo no quede ni el recuerdo borroso, extinguidas exaltaciones y zozobras en la paz y el silencio eternos. Me emocionaba la idea de estar cerca de este hombre tan lleno ahora de calor humano, de carne y hueso, y sin embargo hecho ya leyenda y poesía, y el ansia de fijar fielmente su serena y risueña figura. No la que brillar en una conversación en la que mi papel sería el de contestar cuando se me preguntara, sin que su bondad y su sencillez me hicieran olvidarlo siquiera un instante. Poder decir:

—Yo estuve alguna vez en su intimidad. Así era...
Porque, ¿hay alguna gloria comparable a la de un Gran Capitán jamás vencido, y al que el amor y el orgullo de todo un pueblo forman como un invisible halo? Lo pensaba mientras en el reducido salón donde habíamos de comer con él siete personas le aguardaban un almirante y un coronel, su ayudante y deudo, de cuya corteja ya tenía yo recibidas hartas pruebas. En la estancia inmediata trabajaba, con su ministro de la Guerra, sobre planos e informes; afluían allí las noticias de los frentes y de los campos de batalla, y del mar que señorea nuestras costas. Y al verle salir, siempre con esa sonrisa que no perdía jamás, ni en los trances más difíciles, el ánimo que tampoco dudó nunca, pero que a veces se deja sumergir en la neblina de las horas grises, parecía como si se iluminase, no de esperanza, sino de triunfal certeza.

Modestia, sencillez, elegancia. Una vez—en años lejanos—me había sentado a otra mesa de un gran personaje de este mundo: el archiduque Eugenio de Austria, Gran Maestro de la Orden Teutónica, general de los ejércitos imperiales del Sur durante la gran guerra. Y algo me recordaba aquella visión y algo me hacía sentir la diferencia. Semejanza en la sencillez, en esa manera de elegante espontaneidad que suele dar a los militares el hábito del mando y de la obediencia. Diferencia en la atmósfera, que allí era de inquietud—bien justificada por la ulterior derrota—y aquí de seguridad, de tranquilidad sin lactancia, como si el aire estuviera saturado de buenos aunque tácitos augurios...
Los ordenanzas, con guerrera y guante blancos—como a bordo de un navío—, sirven diligentes y silenciosos. El General como muy sobriamente. Cafa la luz sobre el rostro moreno, brillaba en los ojos, de una intensidad de expresión que no refleja nunca la fotografía. Tiene el arte de sondear a su interlocutor sin inquietarlo, mientras lo interroga. Y ese gesto siempre afable que es el signo de una inalterable salud mental y de un perfecto equilibrio fisiológico. Y en el curso de la conversación—muchos temas de interés nacional que se iban suscitando—esta convicción se me impuso:

—No tiene ninguna vanidad, ninguna ambición, si no es la de servir. Pero en esta de servir a España ninguno le supera y pocos le igualan.
Parecería natural que, absorbido por una guerra como la que está dirigiendo, se desinteresara de los mí problemas de otro orden que pesan sobre nuestro pueblo. Y no es así. Lleva los bolsillos de la guerrera llenos de papeles con notas, con apuntes, con esbozos de proyectos que entrega a los ministros. Hablábamos de la lucha antituberculosa.
—Hemos de hacer mucho para contrarrestar ese mal—me dijo—. Y lo estamos haciendo.
—¿Ya?
—Sí. Compare usted estos datos. Antes del Alzamiento nacional, el Estado tenía tres mil camas para tuberculosos. ¿Sabe usted cuántas tiene ahora, sólo para la

porción de España que dominamos, como es lógico?
—No lo sé.
—Doce mil camas.
Sacó unas estadísticas sobre mortalidad infantil, a cuyo exceso pondrá pronto remedio... Caminos, puertos, obras hidráulicas, resurgimiento industrial, innovaciones e iniciativas en materia de turismo... Y todo esto que en boca de un político sujeto a la estrategia parlamentaria habrían parecido vanos sueños, tomaba cuerpo de inminente realidad en labios de quien está haciendo realidad el sueño de libertar a España de su secular servidumbre.

Se nos hizo observar:
—Hay que madurar mañana.
Y en pie le despedimos, con aquella manera de respeto que dulcifica la cordialidad, y es como el que en los frentes le tienen los soldados a quienes electriza su presencia.

Vispera

Era la vispera de un gran suceso histórico: al día siguiente, en Vinaroz, iba el Generalísimo a visitar y pasar revista por primera a nuestra Armada naval.
—No todos, ni los más grandes buques de la Escuadra, vendrán—se había advertido. Porque, en efecto, no podía abandonarse totalmente el servicio de vigilancia. Pero sí los suficientes para que en el Mediterráneo se afirmase nuestra soberana voluntad de independencia y de parcial dominio. Desde la costa de África, Franco había cruzado las tierras de España hacia el Norte, en avance victorioso. Una campaña de tres meses le había hecho dueño de la ribera cantábrica desde Fuenterrabia a Gijón. Y ahora, hendidida por dos porciones la España roja, los ejércitos nacionales se habían asentado al mar latino y tomado posesión de él un día augural de Viernes Santo. Y el Capitán de esos ejércitos iba a solemnizar esta presencia con la suya personal, en una mañana de primavera, entre azules de mar y cielo, que servirían de fondo, sobre los cascos grises, al grana y oro de grímpolos y banderas. Y a su vez, los marineros de España—cuyo duro servicio no se ha hecho conocer suficientemente, entre otras razones por que la discreción lo veda—iban a tener la prueba tangible de la victoria viendo llegar por tierra, desde la España entrañable, a su General invitado.

Sin poder dormir, devanaba yo la significación simbólica de este suceso, que así iba a deshacer, como con un golpe de espada, la maraña de las turbias intrigas internacionales urdida contra nuestra unidad e independencia por sus eternos enemigos. En todos los mares que bañan su tierra, la España de Franco es señora, y no hay esperanza de confinarla fuera de la costa mediterránea. Nunca como este día podrá Franco repetir su frase inmortal para que la escuchen rivales hipócritas y aviesos:

—Aquí está España.
Aquí, en el Mediterráneo, no obstante los voluntarios y las armas y los oficiales franceses; no obstante la conspiración activa de un mundo de enemigos encubiertos o claros.

—Aquí está España.
Y no de un modo precario y disimulado, sino a la luz del sol, con sus tropas, sus barcos erizados de cañones, sus banderas trémulas en la brisa marina de una mañana de gloria. Así llegaría, en años remotos, a este mar, Jaime de Aragón, cuando se gestaba la unidad española. Pero el Rey Conquistador apaciguaba menudas relativamente exiguas, mientras que en Franco converge la obediencia de cientos de miles de hombres de armas—unidos a él, como por una red nerviosa los músculos al cerebro, por los hilos telegráficos y telefónicos—, desplegados en millares de kilómetros, avanzando o deteniéndose con absoluta coherencia, hendiendo, envolviendo, aprisionando, exterminando al tradicional enemigo, liberando campos y ciudades para reintegrarlas a la civilización.

Ahora estará trabajando todavía—me dije, al percibir el hilito de luz de la estancia donde se hallaba, ya en la alta noche. Trazando planes, analizando los informes recibidos, sin que le abandonase un sólo instante esa prodigiosa objetividad en la visión de la fuerza propia y la ajena, que es patrimonio de los grandes capitanes. Difícil objetividad, porque se extiende a la medida de lo material y lo espiritual, al número y calidad de las armas y al temple moral de los que luchan, y computa los cañones y las imaginaciones, la fuerza destructora de los explosivos y de las noticias calladas o divulgadas...
Me desvelaba. Me asomé al exterior.

Sólo se oía el estridor metálico de los grillos. Rumoró un motor. A pocos pasos, tan inmóvil como el tronco de un árbol seco, se dibujaba en la sombra la silueta de un moro centinela.

El mar, el mar...

“Aprisa cantaban los gallos” cuando el cortejo se dispuso a la marcha. Algunos aviones rayaban el cielo del amanecer con vuelo rápido de vencejos. Y las colinas iban destiñéndose del violeta del alba para tomar tintes de oro y rosa. Desfondadas por dos años de tráfico guerrero, las carreteras se retorcían, subían y bajaban entre las montañas. Ibanos entre nubes de polvo, y a veces pasamos junto a convoyes militares que habían hecho un alto en la marcha. El chirriar de las cigarras era nuncio del calor del día. Bordenamos Morella, erguida en el alto de un monte cónico, estampa pintoresca con un castillo basado en la roca viva. Y poco a poco cambiaba la flora del paisaje, se suavizaban las cumbres, surgían los viñedos de un verde traslucido, junto a los valles de olivos. Los trigales están dorados ya para la siega, y hacían ilusión de lejanos batallones de requetés las amapolas. Aparecían las masías enlucidas de cal, que recogían y devuelven la blancura cegadora de la luz meridiana. Y en el cielo claro habríase dicho reflejado ya el mar próximo: había esas nubecillas nacaradas que hacen pensar en los dibujos ondulados que el agua del mar al retirarse deja en la arena de las playas. Las gentes de los pueblos—mujeres vestidas de claro, los hombres con su blusa negra—luzaban instintivamente el brazo al paso de la comitiva. Se oían voces femeninas:

—¿Cuál era? Yo no lo he visto.
Y vitores y carreras de niños tras de los coches. Y de su paso, cada soldado parecía orgulloso ante la muchedumbre civil, como si le hubiera dado prestigio personal la aparición real, bien que pasajera, de su Caudillo.

Muy cerca ya de Vinaroz hay una plantación de algarrobos. Allí nos detuvimos para hacer un frugal almuerzo, sentados en la tierra, rojeza, a la sombra de los árboles frondosos. Ni aun allí dejaba Franco sus interpretaciones patrióticas de la tierra española.
—¿Ha visto usted qué pintoresca ciudad es Morella?—me dijo—. Con un albergue adecuado, por el estilo de los paradores que ya se hicieron antes, será buen lugar para el turismo.

El viento traía el eco de los cañonazos de la batalla que a muchos kilómetros, al sudoeste, se estaba librando. A gran altura, invisibles para mí, volaban aviones.

—¿Nuestros?
—Claro que sí—me contestaron—. No sería cosa de dejar por aquí a los enemigos.

—¿Cuántos millones de seres—pensaba—tendrán el pensamiento puesto en este hombre y quisieran verlo ahora, en este lugar de España, rodeado de su Cuartel General? Los jefes y oficiales que lo forman tienen esa misma cortesía que no se simula, sino que es cosa temperamental, y por otra parte tradicional, en los hombres de guerra de España. Esta sonrisa suya, ¿no es la misma que en el cuadro de “Las lanzas” muestra el vencedor de Breda?

Me parecía sentir en vaharadas el aire marino. Del fondo de la memoria se alzaban recuerdos de infancia, cuando al retorno de años de estudio volvía a mi tierra natal, junto a este mismo mar llustrre, desde el interior de España. Pero ahora la emoción se acrecentaba por la conciencia de la terrible dificultad vencida, que daba insólita significación al regreso...

Y así seguimos hasta Vinaroz: blanco caserio, palmeras, rosas, rostros morenos de mujer, con esos ojos rasgados en que siempre hay como un fulgor de Oriente. Y la multitud de los soldados frenéticos entre la gente que se atropellaba y corría. Y sobre la multitud desbordada, sobre la agitación de los marineros inmóviles, tomados con rigidez geométrica en la estacada del muelle, esa alegría de los marujos empavados que sólo aprecian bien los que junto al mar nacieron y vivieron. El acero plomizo de los buques, los cordajes, los cañones, las flámulas y las banderas agitadas por la brisa, sobre el fondo infinito del mar de un azul de añil, con leves estrías de plata. Nostalgias de aquella ciudad de guarnición y puerto militar, de los amigos de juventud, que eran como personajes novelescos, alféres de fragata muertos en guerras coloniales o asesinados ahora por la horda vil. Tumulto de imágenes superpuestas a la visión real, y que acababan por desvanecerse a los gritos delirante de la gente que corría tras del Caudillo...

—¿Nuestros?
—Claro que sí—me contestaron—. No sería cosa de dejar por aquí a los enemigos.

—¿Cuántos millones de seres—pensaba—tendrán el pensamiento puesto en este hombre y quisieran verlo ahora, en este lugar de España, rodeado de su Cuartel General? Los jefes y oficiales que lo forman tienen esa misma cortesía que no se simula, sino que es cosa temperamental, y por otra parte tradicional, en los hombres de guerra de España. Esta sonrisa suya, ¿no es la misma que en el cuadro de “Las lanzas” muestra el vencedor de Breda?

Me parecía sentir en vaharadas el aire marino. Del fondo de la memoria se alzaban recuerdos de infancia, cuando al retorno de años de estudio volvía a mi tierra natal, junto a este mismo mar llustrre, desde el interior de España. Pero ahora la emoción se acrecentaba por la conciencia de la terrible dificultad vencida, que daba insólita significación al regreso...

Y así seguimos hasta Vinaroz: blanco caserio, palmeras, rosas, rostros morenos de mujer, con esos ojos rasgados en que siempre hay como un fulgor de Oriente. Y la multitud de los soldados frenéticos entre la gente que se atropellaba y corría. Y sobre la multitud desbordada, sobre la agitación de los marineros inmóviles, tomados con rigidez geométrica en la estacada del muelle, esa alegría de los marujos empavados que sólo aprecian bien los que junto al mar nacieron y vivieron. El acero plomizo de los buques, los cordajes, los cañones, las flámulas y las banderas agitadas por la brisa, sobre el fondo infinito del mar de un azul de añil, con leves estrías de plata. Nostalgias de aquella ciudad de guarnición y puerto militar, de los amigos de juventud, que eran como personajes novelescos, alféres de fragata muertos en guerras coloniales o asesinados ahora por la horda vil. Tumulto de imágenes superpuestas a la visión real, y que acababan por desvanecerse a los gritos delirante de la gente que corría tras del Caudillo...

—¿Nuestros?
—Claro que sí—me contestaron—. No sería cosa de dejar por aquí a los enemigos.

—¿Cuántos millones de seres—pensaba—tendrán el pensamiento puesto en este hombre y quisieran verlo ahora, en este lugar de España, rodeado de su Cuartel General? Los jefes y oficiales que lo forman tienen esa misma cortesía que no se simula, sino que es cosa temperamental, y por otra parte tradicional, en los hombres de guerra de España. Esta sonrisa suya, ¿no es la misma que en el cuadro de “Las lanzas” muestra el vencedor de Breda?

Me parecía sentir en vaharadas el aire marino. Del fondo de la memoria se alzaban recuerdos de infancia, cuando al retorno de años de estudio volvía a mi tierra natal, junto a este mismo mar llustrre, desde el interior de España. Pero ahora la emoción se acrecentaba por la conciencia de la terrible dificultad vencida, que daba insólita significación al regreso...

Y así seguimos hasta Vinaroz: blanco caserio, palmeras, rosas, rostros morenos de mujer, con esos ojos rasgados en que siempre hay como un fulgor de Oriente. Y la multitud de los soldados frenéticos entre la gente que se atropellaba y corría. Y sobre la multitud desbordada, sobre la agitación de los marineros inmóviles, tomados con rigidez geométrica en la estacada del muelle, esa alegría de los marujos empavados que sólo aprecian bien los que junto al mar nacieron y vivieron. El acero plomizo de los buques, los cordajes, los cañones, las flámulas y las banderas agitadas por la brisa, sobre el fondo infinito del mar de un azul de añil, con leves estrías de plata. Nostalgias de aquella ciudad de guarnición y puerto militar, de los amigos de juventud, que eran como personajes novelescos, alféres de fragata muertos en guerras coloniales o asesinados ahora por la horda vil. Tumulto de imágenes superpuestas a la visión real, y que acababan por desvanecerse a los gritos delirante de la gente que corría tras del Caudillo...

—¿Nuestros?
—Claro que sí—me contestaron—. No sería cosa de dejar por aquí a los enemigos.



Bombas de mano

En Castro Urdiales llegó la horda a límites de barbarie sobrecoedores. Asesinó a todos los sacerdotes, menos a uno, que lo dejó con vida previendo, sin duda, que Negrín nos llevaría a ofrecer, a los dos años de guerra, previo el asesinato de 11 obispos y 17.000 sacerdotes y religiosos y el incendio o el saqueo de todas las iglesias, capillas y ermitas que habían quedado en pie después de las destruidas el 11 de Mayo de 1931, en plena paz y en magnífica euforia republicana, una inefable y conmovedora libertad religiosa y un respeto a todas las creencias, que hace llorar de agradecimiento.

La horda de Castro Urdiales pensó que, puesto que dejaba sano a un cura, convenía también dejarle una iglesia, porque no iba a decir misa en la capsa de las Obras del Puerto.

Y cogió la dinamita y el pico y destruyó todas las iglesias de Castro Urdiales, menos la encantadora que se alza sobre las peñas colosales del faro. ¡El que quiera oír misa, que sude!

Pero cuando la horda vió que, a pesar de la caminata, del esfuerzo y del espionaje, los católicos subían a la iglesia, decidió establecer la libertad de cultos que verá el lector pío y amable, si tiene la bondad de seguir leyendo.

Llamó al cura superviviente, cargado de años y de virtud, y le dijo:
—¿Camarada eclesiástico! Hemos decidido establecer en Castro Urdiales la verdadera libertad religiosa. La mitad de la iglesia será para los católicos, y la otra mitad para los protestantes.

Conviene advertir que en Castro Urdiales no ha habido jamás un caballero o una señora que se haya decidido por Lutero o por Calvino. Como en el resto de España, o eran católicos o unos pequeños sinvergüenzas, a los que cualquier género

de religión les salía por una friolera. Una vez establecida esa “ecuanime” división, añadió el responsable de la horda:
—Para evitar conflictos de orden público, el Comité ha decidido que usted diga las misas que quiera; pero sólo, sin público.
—¿Ni monaguillo siquiera?
—Ni monaguillo. Porque ese es un medio de coaccionar las conciencias de la infancia. Y la infancia, en la República, es laica.

Pues bien; uno de los acompañantes del inenarrable dean de Canterbury, cuando vino éste, traído por el Gobierno de la República de Euzkadi para que acabase con todo el whiskey que quedaba, fué llevado una tarde a Castro Urdiales. Al regresar a Londres escribió en uno de los periódicos laboristas que con más saña nos combaten:

“En la pintoresca ciudad de Castro Urdiales, acostada sobre el mar, los guberna mentales se han esforzado en mantener viva la vida religiosa. Los fieles acuden a los templos sin ser molestados y los sacerdotes católicos no han intentado el culto sólo día. Algunos, llevados por un miedo injustificado, desaparecieron; pero me han dicho que volverán.”
Sí. ¡El día de la resurrección de los muertos!

Porque no se limitaron a asesinarnos. De uno de ellos—¡gran mártir de la Fe!—sabemos que la checa castreña le sacaba de la cárcel todos los días, en unión de otro preso, al que, por cierto, conocimos en el momento mismo en que en unión de otros paisanos suyos saltaba al muelle de San Sebastián desde la traseira con motor que les había salvado, los llevaban a la playa, en lo más crudo del invierno; les obligaban a meterse vestidos en el agua, y cuando, atidos y sin fuerzas, salían de nuevo a la arena, les apaleaban bárbaramente con chicos empapados con agua y les hacían recorrer, entre insultos



—Camarada padre. ¿Por qué escondes lo robado?
—¡Ay! ¡Camarada hijo! Las grandes democracias se niegan a protegernos...

y befas atroces, el terrible calvario de la prisión.

Y la ropa se le sacaba en el calabozo helado, sobre las carnes. ¡Hasta la noche siguiente! Y así una y otra y muchas, hasta que el infeliz sacerdote entregó su alma a Dios, mientras regalaban la suya al diablo el dean de Canterbury, su acompañante y todo el séquito de miserables que vino a sostener la farsa inmunda y sangrienta que montó en el País Vasco el más nauseabundo conglomerado que se ha conocido a todo lo ancho y todo lo largo de la zona roja.

Al regreso de un viaje rápido, para gozar de la emoción incomparable de repetir el gesto—tan de caballero conquistador español—del general don Camilo Alonso de mojar los dedos de nuestra diestra en las aguas del Mediterráneo y santiguarnos, contamos algunos casos de imbecilidad antirreligiosa de los que se han ido a Ginebra a decir que aman entrañablemente la libertad de conciencia. Entre otros, el de un agricultor que tiene, cerca de Vinaros, una granja en la que vende semillas y árboles frutales. A lo largo de la casa había un letrero que terminaba con el apellido del propietario: San Sebastián. Pues bien, le han picado el San, y el pobre señor se apellida ahora Sebastián nada más.

En el camino tropezamos con unos muchachos que remolcaban con un tractor un carro blindado cogido al enemigo en la batalla que nos tiene, para siempre, en el Mediterráneo. En la parte trasera del carro se lee en letras como cateógrafos, porque son de una pomposidad que tumba de espaldas: "Construido por la Metalúrgica Colectivizada de Sadurn de Noya".

¿También le habían quitado el San! A propósito de estas idioteces republicano-marxistas, leemos una recopilación anecdótica en "Gringolre". Dice así: "Las autoridades anarco-sindical-marxistas de Barcelona han decidido "dar un nuevo paso en el camino de la liberación humana"... Y han suprimido los nombres de santos en el calendario oficial.

"Hemos aquí, de nuevo, en los tiempos de la Revolución francesa: —¿Su nombre? —Marqués de Saint-Cyr. —¿Ya no hay marqueses? —Bueno; pues de Saint-Cyr. —¿No hay más "des"? —Perfectamente; Saint-Cyr. —¿Se han acabado los santos? —Entonces... Cyr, a secas. —¿No hay "sires"! "

¿Cuánto creen ustedes que se ha gastado en propaganda, desde 1935, el Gobierno soviético, mientras se mueren de hambre y de saeo millares de infelices perlas?

¡Tres mil trescientos millones de rublos oro!

Así se comprende que uno de los asesinos de Reiss, un tal Martignat, pón de una fábrica de Clichy, se ha dejado en su cuenta corriente, porque lo precipitaba de la fuga no le permitieron retirarlos, 160.000 francos, y que el otro asesino, un tal Abbat, que aparece en los registros como un pobre extranjero sin trabajo ni recursos, se ha dejado 140.000.

Reiss era, como se sabe, un agente soviético de los muchos que se resisten a volver al Paraíso por miedo a la serpiente y porque, además, no hay ni manzanas. Temía Moscov que a la desobediencia añadiese el relato de cosas que a los soviets les conviene tener ocultas, y encontraron a esos dos miserables para que lo asesinasen.

Total: 300.000 francos por el pellejo de Reiss.

Se calcula la magnitud del "gato" que estarán acariciando a estas horas los "responsables", que, además de lo robado en España, saben lo que dan de sí tres mil trescientos millones de rublos oro?

¿Y se comprende que personas honorables tiendan en Ginebra y en las Cancillerías la mano a quienes utilizan cifras astronómicas de dinero, extraídas del sudor de millones de obreros, en un régimen de esclavitud legal, para provocar en Europa secuestros, asesinatos y trapeladas como las que soporta España por especial designio?

A. López Decarra.

Espanoles en Venecia

Como ya dijimos en nuestro número anterior, la acogida que Italia ha hecho a la misión española con motivo de las fiestas de solidaridad entre las dos naciones ha sido cordialísima. Y todos los miembros de la misión, que han hablado en diferentes ciudades, han obtenido éxitos clamorosos, sin que sea posible diferenciar en cada ciudad el entusiasmo del público. En Venecia se encontraba un amigo nuestro, y nos escribe que el señor Jiménez Arnau, que habló allí, produjo verdadera impresión en el inmenso público que le escuchaba, por la elocuencia y el talento con que se produjo, y que emocionaron a nuestro amigo, extranjero en Italia, y que tampoco es de nacionalidad española.

Terminado el acto, este amigo nuestro fué invitado a comer en una antigua "trattoria" por el gran pintor Ignacio Zuloaga, a quien acompañaba el insigne escultor Pérez Comendador.

El ambiente de la bella ciudad estaba caldeado de fervor y de simpatía hacia España. Y en el mismo salón donde comían celebraba un banquete un grupo numeroso de voluntarios italianos de la guerra de España, heridos y mutilados ya en ella. Al oír hablar a los tres, y al ver la insignia de la Falange que Comendador llevaba, comenzaron a dar gritos de ¡Viva España! y ¡Viva España!, que ellos correspondieron con gratitud y cordialidad. Pero cuando el entusiasmo de los italianos subió de punto fué al saber que uno de los tres comensales era el maestro de la pintura española contemporánea, que acababa de obtener el Gran

Premio en la Exposición que en Venecia se celebraba esos días, Zuloaga llamó al dueño del restaurante:

—Desee pagar la comida de esos valientes—le pidió.

—No es posible, señor.

—¿Por qué no?

—Porque es una comida a la que han sido invitados por la Federación Fascista de la ciudad.

—Que traigan entonces unas botellas de champaña para brindar con ellos—dijo.

Los legionarios se habían levantado, y en español perfecto entonaban el himno de la Falange. Uno de ellos—que se llama Giorgio Riodano—pronunció un brindis sentidísimo, en el que en términos emocionantes habló de la hospitalidad española y de su pena por no poder seguir combatiendo en España a causa de hallarse inválido por las lesiones sufridas.

Zuloaga estaba conmovido.

—Este espectáculo tan sencillo, tan espontáneo, tan sincero, es cosa que no podrá olvidar en mi vida.

Uno de los legionarios le dijo:

—Tampoco podremos olvidar nosotros que usted fué quien hizo el monumento a los muertos italianos en el cementerio de Zumaya.

Hermanidad de la sangre verdadera, que ya nadie podrá quebrantar nunca. Epíodos como este subrayan y vigorizan la significación y el éxito grandioso de las ceremonias oficiales.

Miliciano rojo

El ministro del Interior, señor Serrano Suñer, tiene un hijo de cinco años que ha vivido las horas trágicas del Madrid de la horda marxista triunfante. Ahora se encuentra en nuestra España ya, y tiene la simpatía y la vivacidad de los chiquillos de esa edad, en que la inteligencia se despierta y empieza a delinearse el carácter. En día reciente le conocimos.

—Saluda a este señor amigo mío—le dijo su padre.

¡Vamos a alargarle la mano; pero, cuadrándole con la mayor seriedad, nos hizo el saludo de la Falange. Su tío, el Generalísimo, le hace entrar a menudo en sus habitaciones. El pequeño falangista alza el brazo en marcial saludo.

—Sí, sí—le dice el Generalísimo con aparente seriedad—; tú has el saludo fascista. Pero yo sé que en Madrid has sido miliciano rojo...

Es difícil dar idea de la consternación y de la indignación que al pequeño aspirante a "flecha" le produce esta imputación, y de lo que el Generalísimo se ris oyéndole negarla con la mayor energía.

La última víctima del marxismo

La última víctima que conocemos del marxismo es el fútbol uruguayo, hasta ahora tan brillante y prestigioso. Los jugadores de aquel país se han reunido para

constituirse en sociedad de resistencia, a fin de defender—según declaran—sus intereses de profesionales y los intereses del fútbol.

Pronto tendremos noticia de huelgas de pies lentos y de bases de trabajo estableciendo un máximo para la producción de "goals" y el lanzamiento de "chuts".

De no ser por el síntoma que revela en cuanto a la extensión del marxismo, sería cosa de tomarlo a broma. El fútbol, que es un arte que sólo puede practicarse a base de vocación y de acción, a base de fe y de entusiasmo deportivos, sometido a la rígida reglamentación de un trabajo rutinario y mediocre resulta incomprensible.

¡Pobre fútbol uruguayo! Precisamente a él debe su país parte del prestigio de que goza en el mundo. Cuando en las Olimpiadas de París y de Amsterdam, en los años 1924 y 1928, el equipo uruguayo alcanzó el Campeonato del Mundo, hizo más por la gloria de la bella República del Plata que muchos años de propaganda literaria y científica.

Ahora ya no le será posible al Uruguay renovar aquellos laureles gloriosos. Con jugadores que tienen un sentido proletario de su arte, no es posible ganar campeonatos. El marxismo, caballo de Attila, hace estéril e impotente cuanto toca.

Ojo con el Masip

La Prensa roja ha publicado la noticia de que José María Masip, diputado de la Esquerza, ha sido dado de baja del partido por su actitud de indisciplinada. Ojo con este sujeto, del que ya nos hemos ocupado en otras ocasiones en estas páginas.

Devoto casi frenético de la Esquerza mientras le pudo sacar algo, ha empezado ya a prepararse el ambiente para que en la España nacional la opinión no le sea adversa. Director de "La Humanitat", el órgano oficial de la Esquerza, ha sido uno de los más tenaces envenenadores del pueblo catalán, al que contribuyó a lanzar al precipicio en que se debate. Sus artículos estaban principalmente consagrados a predicar la demagogia y el separatismo. Y lo peor del caso es que ni siquiera tenía la excusa de hacerlo por convicción, sino por conveniencia.

Oficialmente lo confesaba a sus comóviles: —La única manera de ser personaje es quitarse la demagogia. Las masas son las únicas que ayudan de verdad a subir.

Talleres CORDON

CONSTRUCCION Y REPARACION DE MAQUINARIA
CONSTRUCCIONES METALICAS — BARANDADOS — VERJAS — PUERTAS FORJADAS Y DE BALLESTA — INSTALACIONES DE CALEFACCION — BOMBAS PARA RIEGOS Y USOS DOMESTICOS

Avenida de Colón, 53 Teléfono, 1633 Logroño

Guerra y matrimonios

Por Jesús Rodríguez del Castillo

En el tiempo que llevamos de una guerra tan dura y tan moderna como lo ha podido ser cualquiera de ellas o su época, más cruel por la profusión de aparatos bélicos que en ella se utilizan, observamos constantemente una sucesión ininterrompida de matrimonios que se efectúan casi todos con una rapidez un tanto vertiginosa. Unos días después de llegar a San Sebastián, unos cuantos de los presos liberados en Vizcaya, oímos a un joven de veinte años pronunciar con un apasionamiento y una convicción especiales palabras que nos dejaron sorprendidos a cuantos le oíamos: —"Quiero casarme enseguida y luego marcharme al frente. Pero lo malo es que no sé con quién me voy a casar". Inconscientemente aquel joven expresaba ya lo que todo hombre soltero suele sentir en semejantes circunstancias. Había visto su vida en un peligro inminente de desaparición y al querer ir al frente la imaginaba de nuevo envuelta en el peligro.

La guerra nuestra no es solo una guerra. Especialmente en las zonas ocupadas por los marxistas la guerra ha sido precedida por una revolución extraordinariamente feroz y sangrienta. Con su cortejo inconcebible de tragedias fantásticas, donde los más bajos y ocultos instintos del hombre primitivo tuvieron libre curso para entregarse a la barbarie de la venganza, ha exaltado el deseo de vivir. Toda guerra lo exalta, que duda cabe, pero cuanto más aguda sea las circunstancias, ne su ferocidad más se impone el instinto de conservación. La guerra nos ha enseñado una infinidad de cosas como todas ellas enseñan en cualquier época de la historia; nos ha dado lecciones que nunca olvidaremos.

Con la guerra se adquiere siempre una rapidez más aguda y una decisión más inmediata en todas las fases de la acción. Aporta una destrucción de todos esos falsos sentimentalismos que viven en los períodos de calma y de paz en las personas que carecen de objeto para volcar sus necesida-

des afectivas; la crudeza del dolor visto de cerca apaga las fobias y da lugar a la verdadera sensibilidad, a la verdadera emoción. Al mismo tiempo la realidad vibrante colocada a nuestro lado nos procura siempre un concepto más crudo de las realidades. Se aumenta prodigiosamente el valor individual, la intrepidez misma se acentúa en el hombre e incluso en la mujer; y ese deseo de aventura tan frecuente en el alma hispana, algo bohemia por instinto, por atavismo o por volubilidad, encuentra un medio de satisfacerse un medio de aplazarse. Por otra parte ese otro sentido especialmente trágico que nuestra raza posee de la vida, se aplica ante la inmensidad de la tragedia que nos rodea y tendemos a rememorar hacia esferas más amenas.

Effectivamente la gente se extraña del número creciente de matrimonios que se efectúan durante la guerra. Jamás, en España, donde siempre fué mayor que en otros países el número de uniones, ha alcanzado una cifra de caracteres tan vertiginosos. A cada nuevo matrimonio que se efectúa en la localidad los comentaristas surgen llenos de incomprensión y de extrañeza. "A todos les da por casarse" se suele oír frecuentemente. "Qué cosas hace la guerra".

Parece que en el desorden general, en el estado provisional y un poco caótico de las guerras, es más fácil casarse. Se salvan con una intrepidez mucho mayor los escollos de todas clases que se presentan. Se mueve uno quizá como realizando una necesidad imperiosa, ineludible, cuyas razones, están por encima de nuestra propia voluntad.

Otra vez por instinto, por impulso. Pensar que puede uno morir sin haberse casado, deja una especie de vacío en la totalidad de una vida normal. No se resigna nadie a perder sus derechos de vivir. Morirse soltero es dejar de conocer un estado del hombre por el que le agradaría a uno pasar,

La Esquerza lo hizo concejal y luego diputado. En ambos cargos se mostró como el más disciplinado y entusiasta militante. Luego, cuando estalló la revolución, se pasó cinco meses escribiendo en "La Humanitat" editoriales incendiarios y criminales, con los que excitaba a las masas a la matanza.

Hombre vivo y despejado, como cultivaba la política sólo como un negocio, fué de los primeros en ver que en la zona roja todo estaba perdido, y en cuanto le fué posible se marchó a París y luego a Filipinas, donde ahora se dedica a consolar que fué un equivocado y que está arrepentido.

Un día, Masip se encontró con un barcelonés, al que oírle repetir la cantinela de su arrepentimiento le increpó sin poder contenerse:

—Usted no es un arrepentido. Usted sólo es un sinvergüenza.

El fariseo se ruborizó un poco, y dijo por toda respuesta:

—Puede que tenga usted razón.

Así es la Nelken

En los primeros días de Agosto del 36, en el Madrid rojo, una dama—cuyo nombre llamamos, pues tiene una familia ali—se decidió, enloquecida y aterrada, a visitar a la judía Margarita Nelken.

Nuestra amiga había visto cómo se llevaban a su esposo entre insultos y golpes a una checa "para dar cuenta de él" según le dijo un miliciano.

La pobre señora—dama distinguida, bellísima y muy joven—, sin saber qué hacer, desesperada, pensó: "Iré a ver a Margarita Nelken. Al fin y al cabo, es mujer, y mis lágrimas y mi dolor la conmuevan".

Fué a verla. Apenas si la hizo esperar. En una sala coquetona y lujosa, aunque de gusto dudoso, se realizó la entrevista de dos mujeres tan diferentes en todo sentido.

—¿Qué puedo hacer yo, señora?

—¿Usted lo puede todo, señora! Diga usted que suelten a mi marido. Yo lo esconderé donde nadie lo encuentre. Me daremos todo. Las joyas que aún no me han quitado, mis pieles, la casa entera... ¡Sólo pido a mi marido, por favor!

—¿Cómo se atreve a pedirle que no invocar a Dios en aquel antro del infierno!

La judía simuló compadecerse:

—Pobre señora... ¿También le han robado algo?

—En cada registro se llevan cosas.

—¿Y cree usted que su marido...?

—¡Lo matarán si usted no lo salva! ¡Por piedad, ayúdenlos!

Lo pensó un poco, y con su mejor sonrisa dijo la Nelken:

—Confíe usted en mí. No me gusta negar nada a los que me piden. Mañana tendrá usted mi contestación.

—Aquella noche, si no contenta, ¿y cómo podía estarlo, pensando dónde estaba él!—dijo la señora amiga—, al menos dormí más tranquila. "¡Mañana sabrá usted mi contestación!" Y la contestación será la libertad de mi esposo. ¡Ay, Señor!

Cien mil veces que cuente su infortunio, millones de veces que no lo cuente y sólo lo piense, sus ojos se arrastrarán en lágrimas, temblarán infantiles y balbucientes sus labios, y una congoja de ahogo subirá por su pecho:

—¡Ay, señor! ¿Sabe usted cuál fué la contestación de aquella flor? La burla más sangrienta y más trágica: un papel con unas líneas que decían: "Como usted es católica, sabrá comprender bien la deslealtad con que he actuado. Su marido ha sido ejecutado anoche. No me negará usted que ya alcanzó la libertad tan suspirada por los de su secta.—M. N."

Es un episodio auténtico.

La primera palabra

El ahijado de guerra anunciaba su llegada. Pronto sus sueños y los de la madrina convertiríanse en realidad. Y la madrina se preguntaba en voz alta:

—¿Cuál será su primera palabra? ¿Y cuál la mía?

Y así un día y otro:

—¿Qué me dirá en el instante de conocerme? ¿Qué le diré?

Hasta que el hermano de la madrina, moribundo de catorce años, decidió, categórico:

—Pues te preguntaré, sencillamente: "¿Cómo estás, Lolita?" Y tú le contestarás que "muy bien, gracias".

Los ojos de la madrina brillaron de enfado, y la boca se indignó:

—¡Cállate, prosaico! ¡Con lo que nos gustamos! ¡Con lo que nos queremos! ¡Con la ilusión que nos inspiramos! Me dirá... no sé... Me dirá algo bonito, algo maravilloso...

—Te preguntaré que cómo estás—insistió, impertinente, el muchacho—. No seas romántica y novelera. ¿Qué nos apostamos a que son esas vuestras primeras palabras?

—Lo que quieras. Tres pesetas... o trescientas.

—¡Cinco! ¿A que las pierdes?

—¿A que las gano? Tú crees que vales a cogerlos las manos, a mirarnos a los ojos y a decir como en el cine: "¡Lolita...!"

—¡Lolita...!" "¡Amor mío...!"

Llegó el ahijado. Trémula de emoción, acudió Lolita a su encuentro. ¿Trémula

hemos dicho? Más. Lolita estaba a punto de desmayarse, y si no se desmayó fué porque había galerna y llovía a cántaros, y el paraguas abierto y agitado por el alre la sostenía en vilo.

Avanzó Avenida adelante. Allí, bajo la marquesina de un comercio, esperaba el príncipe azul con uniforme de gallardo alférez. Se miraron. Quisieron hablar. Abrieron la boca. La cerraron. Y, al fin, la madrina:

—Correré al paraguas... Y el ahijado, aludiendo sonriente y nervioso al extravagante puño de aquél:

—Cara de perro...

El batín de seda

Los esbirros del Comité rojo se presentaron en el hogar formado un mes antes, y llevaron al marido.

Como recuerdo del paso de la horda, cajones descarrados, papeles por el suelo, cuadros descolgados, cortinas desgarradas... Y sobre el sofá moderno el batín de seda que el joven se quitó para marchar, y sobre el que los milicianos arrojaron tantos objetos que ya era sólo una prenda arrugada y deforme.

Lo contempló la esposa, con mirada absorta, enloquecida. Lo recogió después, acariciándolo, besándolo. Y, al fin, entre lágrimas, una idea:

—Lo plancharé. Porque él ya a venir enseguida. Sé que vendrá.

Pasó un día, y otro, y otro. Transcurrieron muchos días y muchas semanas. El batín, planchado, fiamante, nuevo, esperaba sobre el sofá al regreso de su dueño, desaparecido en una checa.

—¿Nada?—preguntaba diariamente la esposa a los encargados de llevarle noticias.

—¿Nada?—parecía preguntar asimismo la prenda hogareña.

—Nada...—obtenían ambos como respuestas.

—Cuidado—indicaba en seguida la muchacha—. No os sentéis ahí. Se arruga el batín. Voy a plancharlo otra vez. El volverá.

Más semanas y más meses. Dos años, pronto, de espera. El batín continúa sobre el sofá. En el batín, infinitas huellas de besos y de lágrimas.

Reptiles

La Feria del Libro, no hace mucho celebrada en la España liberada, hizo recordar aquella otra Feria del Libro del año 36, la última Feria del Libro republicana.

A la inauguración oficial asistirá Aznárez, el flamante presidente Aznárez, recientemente elevado por sus secuaces a la primera magistratura de la nación. Precisamente esta inauguración sería uno de sus primeros actos oficiales.

Junto al acordonado grupo de Recoletos se aglomeraban los curiosos, entre los que formaban mayoría los chiquillos desaharrados y las despeladas tiorras, ansiosos unos y otras de ver de cerca al presidente para poder contar sus verrugas.

Y el Verrugas llegó acompañado del siniestro Casares Quiroga. Aplaudieron los curiosos, imitándoles algunos de los invitados a la ceremonia, por lo que los dos "grandes hombres" trataron de sonreír. Pero no supieron, a pesar de sus esfuerzos. Porque la sonrisa nace en el alma, y está, por lo tanto, vedada a los desalmados.

Nada tan repelente como la livida mueca desagradable como el mascarón de Aznárez. Nada tan repelente como el livido mueca del livido futuro asesino de Calvo Sotelo.

Los diversos "stands" fueron recorridos, y naturalmente con mucho mayor deleite presidencial aquellos donde la literatura ruso-judeo-marxista estaba expuesta con todo carino. Luego, en el edificio de Bibliotecas y Museos se bebió y se comió. Por último, el nuevo presidente comenzó a despedirse.

Despacio, siempre inapropiado, alargó la mano a derecha e izquierda, como quien concede un honor.

Y nosotros vimos cómo una mujer, una escritora española, escondida rápida su mano, negándose al Monstruo. Y la oímos decir estremecida:

—No será muy distinto el contacto del reptil...

Un modesto sapo

En Madrid ha permanecido durante estos meses trágicos, realizando cuantas maldades le ha sido posible, un tunante llamado el cojo Soriano, que era periodista, o cosa así, encargado antes del Alzamiento nacional de la sección deportiva de "Heraldo de Madrid". Este era un periódico, como los lectores saben, que imprimía carácter; pero el cojo Soriano ya lo tenía de antemano. Maldiciente, envidioso, lindando siempre con la delincuencia, en el clima dramático que en Madrid se engendrara, encontró su atmósfera adecuada, y con sus delaciones y su actividad de malhechor contribuyó a que se perpetrasen infinidad de crímenes.

Ahora es posible que el cojo Soriano trate de filtrarse en nuestra España, limpia casi en absoluto de gentes como él. Y sería una lástima que la policía—la nuestra y la internacional—ignorase de quién se trata. En Madrid es seguro que no nos esperará. Nos gustaría tropezarnos; pero a última hora, a pesar de su cojera, es indudable que saldrá a toda velocidad en el último instante. Quede aquí su nombre consignado como el de uno de tantos granujas como deshonran este oficio y lo han trocado por el de verdugos a la primera ocasión, y han podido ejercer a la luz del sol el que ya tenían de ladrones. Bien que clandestinamente.



UN JUDIO

Por
J. PABON



—¿Cómo se llama?
—¿De dónde es?

Este individuo, cuyo origen y nombre se discute en la conversación corriente, en la Prensa de cada día, no es un desconocido. Preside el Partido Socialista francés. Ha sido jefe del Gobierno.

Un literato francés

Marcel Thibault, en un libro reciente, se atiene a los datos de la propaganda socialista.

En el París de 1891, tres jóvenes estudiantes, unidos por íntima amistad, fundaron una revista literaria: "La Conque". Uno de ellos deberá más adelante su fama a los libros, a las conversaciones ideológicas y a las perversiones sexuales. Se llama André Gide.

Otro—como Gide, nacido en 1870—adquirirá renombre rápidamente por una suelta traducción del griego: "Les Champs d'Asphodèle". Años después, en 1924, se le atribuirá el honor de haber escrito la vida de un hebreo de Lesbos, su nombre, Pierre Louys.

El tercero—dos años más joven—se llama León Blum.

Los tres estudiantes y su revista, de acuerdo con la hora francesa de Verlaine, de Mallarmé, de Moreas.

León Blum es hijo de un pequeño fabricante de sedas. Estudiante en varias instituciones oficiales, ha ingresado en la Escuela Normal Superior. Su vocación le lleva a la literatura. Poemas y novelas breves llenan las páginas de "La Conque", "Le Banquet", "La Revue Blanche".

Compleja psicología la suya. Aun en el decadentismo de su siglo, es un caso agudo. Sus poesías sólo tienen cuatro temas: el pasado, el llanto, la debilidad y las rosas. En sus novelas—como en todas las obras de su vida—, un idéntico protagonista: él mismo, León Blum. Que ahora es un muchacho extrañamente atormentado por el afán del amor y la imposibilidad de amar.

"Porque nosotros—escribe—no podemos querer más que a nosotros mismos". Su preocupación por la mujer ha de recibirse "en el sueño y la conversación". Toda otra cosa, a sus héroes—a él—les hace huir, huir de la realización física. "Creo—dice en una de sus encarnaciones—que soy "demasiado mujer", y mi reserva no es más que un sentimiento de pudor femenino. Será preciso que se me haga el amor con respeto y sin brusquedad".

Su sensibilidad le llevará a escribir: "He encontrado siempre, cuando el sufrimiento físico no era intolerable, una exquisita voluptuosidad en estar enfermo. Es encantador ver alrededor del lecho gente cuyos rostros parecen amarnos".

En la literatura encuentran expresión sus estados de ánimo. ¿Y la política? "Habíamos de ella—escribe—como de un ejercicio, de un recreo, de un juego".

Sin embargo... Tras un amor extraño y sin objeto está una ambición, sin objeto, también. La lectura de Stendhal va acompañada de la de Disraeli. "Es preciso querer", "La voluntad no sabe a dónde dirigirse". Pero uno de sus personajes exclama, recordando una figura histórica: "Yo también, un día, dominaré París".

Judío y socialista

Nada en la vida de este hombre puede interesarnos como el momento en que en el francés aparece el judío y en el judío el político.

Francés en la licenciatura de la Escuela Normal, estudia Derecho. Ser letrado del Consejo de Estado es su aspiración.

La Escuela Normal ha ejercido en él una influencia decisiva. El papel jugado en la vida pública francesa por este centro de enseñanza acaba de ser expuesto por un profesor de ella, Hubert Bourgin, en su libro "De Jaurès a León Blum".

Un personaje oscuro, Lucien Herr, el secretario de la Normal, será, a través de sus alumnos, futuros dirigentes de la

vida de Francia, influencia máxima en la Tercera República. Socialista convencido, hombre de libros y de hechos, en contacto con los estudiantes es permanente. Resuelve sus dudas, come con ellos, preside sus pequeñas tertulias, realiza una infatigable labor de proselitismo.

El socialismo se ha aparecido al estudiante Blum fugaz y deslumbradamente, leyendo un día un drama de Emile Augier. Su conversión será obra de Lucien Herr. En una crisis pública que hará cambiar el rumbo de Francia: "L'affaire Dreyfus".

"No salieron más males—ha escrito Jacques Bainville—de la caja de Pandora que del cesto de papeles de Schwartzkoppen". Una limpiadora de la Embajada alemana sirva al contraespionaje francés, entregando cuantos papeles se han arrojado en el cesto del agregado militar. Arrugada y rota, una hoja anónima anuncia el envío de un informe secreto procedente del Estado Mayor francés. La investigación del caso condujo al Tribunal de guerra, y hecho condenar por él, a un capitán, judío de sangre, Alfred Dreyfus. Pero una fuerza secreta no abandona al condenado.

Han pasado tres años. León Blum descansa en el campo, cerca de París. Lucien Herr le visita frecuentemente. Un día, se apea de su bicicleta y le abraza alegremente: "¿Sabe usted que Alfred Dreyfus es inocente?"

Mathieu Dreyfus, hermano del condenado, acaba de acusar al comandante Esterhazy. Comienza el período agudo de "L'affaire", que durará doce años, que dividirá a Francia en dos bandos enemigos, que sacará a discusión todos sus problemas vitales, que cambiará el rumbo del país: los hombres de "Panamá" volverán, se hundirá la República conservadora y burguesa.

En la lucha, León Blum conocerá, por medio de Lucien Herr, a dos hombres: Bernard Lazare, el "santo" del judaísmo francés; Jean Jaurès, el "santón" del socialismo. Por uno y otro tendrá León Blum una admiración delirante. Se sentirá y se proclamará judío: será socialista. Unirá ambos caracteres en otro, que será el suyo irrevocablemente: revolucionario. "No es por un desdicho de la Providencia—sentenciará—por lo que un Marx y un Lassalle han sido judíos".

La doblez infinita

Escribirá y actuará incansablemente. El literato decadente, judío de raza, hecho socialista revolucionario, necesitará de la actividad política y del partido y del libro para manifestar su personalidad.

¿Qué personalidad? André Gide escribe de él, en la época de su íntima amistad juvenil: "Tiene demasiada inteligencia y muy poca personalidad". "Soy—escribe León Blum—demasiado mujer...". Ambas afirmaciones tienen una consecuencia: "La hipocresía—dirá el futuro presidente del Consejo—es legítima y noble cuando es un medio de defensa y corresponde a un exceso de debilidad y de ternura".

Falta de personalidad que le llevará a ser en sus libros—como dice Thibault—"una galería de espejos", reflejo apenas del personaje que estudia—Disraeli, Stendhal, Lazare—. Hipocresía que le llevará en la vida a una farsa continua, a mentir efímera, a negar con los hechos las palabras, a contradecirlos en las palabras y los hechos del día siguiente. Falta de personalidad que encuentra en el marxismo, doctrina que niega la personalidad humana, un consuelo y "una rehabilitación".

Judío y marxista, es ajeno al sentimiento de Patria. Es esta la causa de su ruptura con Barrés. "Yo no conozco—escribe—esa patria ficticia que une a tantos hombres a una tierra o a una casa, que es causa de debilidad para la humanidad entera, que es el más grande obstáculo para los cambios necesarios de la humanidad".

Este hombre, que emplea al hablar una teatralidad femenina, ha pronunciado su más célebre frase un día que desde los bancos de la oposición ha gritado, enfurecido, a la mayoría de la Cámara: "—¡Yo os odio!".

Judío y marxista, detesta el cristianismo. El presidente Loubet, "panemista" y "dreyfusard", no quería aquella visita a Víctor Manuel, que traería la ruptura con el Vaticano; vióse que intentaba impedir una nota reservada del Papa. En la publicación de ésta, en trunco y añadir frases, trabajó más que nadie Blum. Con ella llegó la ruptura ansiada.

Detesta, sobre todo, la moral católica. La caridad es la noción más despreciada. Presidente del Consejo, ha reeditado aquella brutal porquería que en 1907 escribió sobre "El matrimonio". Necesidad de que hombre y mujer se entrenen cumplidamente en la vida sexual antes de casarse, confiado a maduros maestros. Mejor si éstos les han visto crecer, aunque sean de la familia. "Jamás he discernido—escribe—lo que el incesto tiene de repugnante... es natural y frecuente amar de amor al hermano y a la hermana". Y en un afán de convencer, exclama a través del libro, a modo de ejemplo: "Entrad en mi casa...".

André Tardieu ha examinado con rigor admirable la contradicción entre los libros del marxista Blum y los discursos del Blum liberal, cantor de la Revolución francesa; la oposición constante entre sus hechos y sus palabras. El conoce "la doblez infinita de M. Blum".

Francia y los judíos

Año 1938. Un ministro inglés sale del Palacio de Venecia, en Roma. Sus pala-

bras, subrayando sus actos, son: "—Mi entrevista con Mussolini será siempre uno de los más hondos y grates recuerdos de mi vida". En el Gabinete británico, este hombre ha sido un decidido partidario del orden europeo, de la inteligencia con Italia. Se llama Horé Belisha. Es judío.

Año 1938. Un ministro francés abandona el Quai d'Orsay. Es ruso. Acaba de librar la batalla cotidiana por que no se envíe embajador a Roma, por que no se cierre la frontera franco-española; trabaja por la revolución europea. Se firma Georges Mandel. Es judío.

¿Existe acaso esa diferencia entre judíos setentrionales y arzenaizitas, "occidentales" y "orientales", conservadores y revolucionarios? ¿Podrían ser arquetipos de un estudio sobre la cuestión judía Disraeli—sangre de judíos italo-españoles—y Blum de una rama judío-búlgara?

Para que en Francia exista el problema judío bastaría con Blum. El ha escrito: "El gusto de vivir, la necesidad de crecer y de dominar; las fuerzas judías, en una palabra". Fuerzas judías que le han acompañado siempre.

Once judíos fundan con él "L'Humanité": Levy-Bruhl, Levy Brahm, Dreyfus, Luis-Dreyfus, Casewitz, Herr, Picard, Reinach, Elie Rodríguez, Rouf y Sachs.

Judíos componen, con él, la Redacción de "Le Populaire": Rosenfeld, Hermann, Moeh, Zyromski, Weill-Raynal, Cohen-Adria, Goldschild, Suzanne Nivolich...

El razonamiento de un francés no antisemita es claro. La proporción de judíos en Francia es de uno por ciento. Esta proporción se transforma en las cámaras en un 3,5 por 100. En el Congreso hay diez diputados judíos: Pierre Bloch, León Blum, A. Fould, Salomón Gruninbach, Georges Levy, Levy-Alphandery, Mandel, Mendes-France, Léon Meyer, Jean Zay. En el Senado, cinco parlamentarios judíos: Israel, Levy, Lisbonne, Rothschild, Ulmo, Wolf. En cualquier Gobierno la proporción aumenta. En el Estado Mayor del último ministerio Laval había cinco judíos. En el último ministerio Blum—entre ministros subsecretarios, asesores—, cuarenta.

Tal desequilibrio de una raza entre la población y el Gobierno—concluye—apenas se da en otro lugar del mundo que en la India. Es una colonia judía.

Catorce meses de demencia

Han pasado los años. La abogacía del Consejo de Estado, la literatura y la política han llenado sus horas. En definitiva, la política. De ella escribirá sus actividades profesionales y sus libros. Ha trabajado, más que nadie, en la unión de los diversos grupos de socialistas franceses, lograda en el Congreso de París en 1905.

La Gran Guerra le ha permitido acercarse a la Secretaría de Marcel Sembat, ministro socialista, y evitar toda lucha por una Patria en la que no cree.

Dos trabajos—"La réforme gouvernementale" y "Pour être socialiste"—aumentan su prestigio en el partido.

A partir de 1919, es diputado. Su conocimiento de la Administración Pública, su elocuencia teatral e insinuante, su fuerza negativa, le hacen pasar al primer plano de la oposición.

El 14 de Julio de 1934 ve realizado uno de sus sueños: la unidad de acción de socialistas y comunistas. El páncro radical ante la sangre del 6 de Febrero acarreará la resurrección del "cartel" conforme a la fórmula soviética del "Frente Popular".

«Yo también, un día dominaré París»

Las elecciones de Abril-Mayo de 1936 le han dado el triunfo. El mecanismo de aquella profecía reaparece en su primer discurso: "Un curioso destino me lleva a gobernar...".

Se siente feliz. Aún no es jefe del Gobierno. Bajo el mando de Albert Sarraut—"le cocu magnifique"—, un movimiento obrero comienza la ocupación de fábricas. León Blum—incósciente o cómplice en la huelga que obligará al presidente de la República a anticiparle el Poder—es feliz. Asiste a comidas de homenaje, hace declaraciones, pronuncia discursos, reparte sonrisas, agita en sus manos, saludando, el pequeño pañuelo de seda...

En la solemne reunión del Consejo Nacional del partido socialista, se celebra un banquete. Al terminar, M. León Blum se entrega, entre la expectación general, a los fotógrafos y, entre el silencio de todos, a los operadores del cine sonoro. Pronuncia unas palabras mágicas: "—Hace falta un jefe. Para que yo sea vuestro jefe es preciso que de este hombre salga otro hombre...". La respiración de todos se detiene. Detrás de M. Blum surge otro hombre. Es el maître d'hôtel, que le trae, con retraso, una taza de manzanilla...

El presidente del Consejo, M. Blum, sube a la tribuna. Va a pronunciar su primer discurso de jefe de Gobierno. No se siente seguro; su figura parece más desgarrada; tiemblan las cuartillas en sus manos; mira, a veces con angustia, a la mayoría, porque los aplausos se retrasan. Cuando se sienta, entre aclamaciones, no está tranquilo; no se encuentra satisfecho de su discurso, siente una cierta inquietud ante la oposición, que empieza a desfilarse por la tribuna.

"La complejidad del judío—ha escrito A. Ruppin—está en que siente la raza al mismo tiempo como superioridad y como estigma indeleble. Es una gloria que, aunque quiera, no puede abandonar. La figura, el patetismo, son casi imposibles de borrar. Por eso oscila entre el orgullo

y el miedo; quiere mostrarse judío y teme, al mismo tiempo, ser conocido como tal".

En la tribuna está un orador tembloroso: Xavier Vallat. Su elocuencia tiene la decisión emocionante de un asalto al arma blanca.

"—Es la primera vez—afirma, con violenta amargura—que nuestro viejo país galo-romano va a ser gobernado por un judío".

Blum salta de su asiento. ¿Qué va a hacer? ¿Hablar? ¿Huir? Sus zancadas no parecen tener dirección.

La voz tonante del presidente de la Cámara, Eduardo Herriro; los gritos de la mayoría, acuden en su socorro. Xavier Vallat, inquebrantable, se niega a rectificar:

"—He afirmado un hecho histórico".

Comienza la actuación de su Gobierno, historizada por Paul Lombard con el título de "Catorce meses de demencia". Desorden social, desastre financiero, confusión internacional.

El movimiento de ocupación de fábricas que le ha llevado al Poder, lejos de extinguirse, se extiende, se agrava. Entre la oposición que le acusa y los aliados en agitación revolucionaria, León Blum amenaza a los primeros, gime ante los segundos. Su presidencia es una gesta teatral. La farsa llega al colmo cuando, ante la agitación obrera, acude a la explicación de los asesores provocadores, fascistas o trotzkistas.

El marasmo de su gestión política tiene una expresión insuperable, una madrugada parlamentaria en que la oposición descubre que el proyecto que se discute tiene tres textos distintos: uno, el repartido a los diputados; otro, el que le sirve de guión a Herriot; y otro, el que defiende en la tribuna León Blum. El presidente acalla el escándalo proponiendo que los diputados escriban el texto suyo, que leerá lentamente. La oposición acepta con buen humor. Comienza el dictado. Se oye reír a Ramette.

"—Calla, Ramette—dice Vallat, evocando la escuela—. Te lo harán escribir diez veces".

M. León Blum, de frac impecable, asiste a la Opera. Es el 16 de Marzo de 1937. Allí puede olvidar, deliciosamente embobado en la música, ese conflicto interminable y creciente que va devorando a la Francia. Una mano irrespetuosa le toca en el hombro. Es el prefecto de Policía. En Glicy, a pretexto de una reunión del Partido Social Francés, los comunistas se habían ido a la calle, levantando barricadas y se habían enfrentado con la fuerza pública, a la que los diversos grupos de socialistas franceses, lograda en el Congreso de París en 1905.

León Blum hace un esfuerzo por volver a la realidad. Pero, en ella, el prefecto de policía le parece que sigue soñando. No se

le ocurre más que ir a Glicy a hablar a los amotinados.

—Guardaos de ello, señor presidente. Están gritando: "Blum, a la horca". El jefe de vuestro Gabinete, que acudió allí, tiene ya dos balas en el cuerpo.

M. Blum baja como sonámbulo la gran escalera de la Opera, hacia su automóvil. El pequeño pañuelo de seda se empapa de sudor frío. La sangre le aterra. Como sonámbulo vivirá los días siguientes, hasta que todos, policías y comunistas, se hayan vuelto contra los "provocadores fascistas".

El fracaso de la experiencia financiera exigirá primero "la pausa", luego "los plenos poderes". Falsedad de una doctrina, que no quiere reconocerse, y busca remedio en un cambio de ritmo o de procedimiento.

Pero "los plenos poderes" volverán contra Blum a una fuerza, aún poderosa: el viejo radicalismo, dueño del Senado. El proyecto va y vuelve de una a otra Cámara.

En la última, larga y fatigosa, sesión, León Blum acude a una de sus armas, la amenaza revolucionaria: "—Pensad en las consecuencias de vuestra obra si derribáis al Gobierno".

Pero el senador que dirige el ataque sabe a qué atenerse. Es un viejo zorro, lleno de orgullo y malicia. ¿Miedo? Cumplo hace años los setenta y ha vivido toda la Tercera República. No le asusta León Blum, porque ha soportado como enemigo a Georges Clemenceau. Se llama Joseph Caillaux. A la amenaza responde, asegurando el monólogo, con una sonrisa y un juicio definitivo:

"—La verdad es que estás sin salida posible, y que vales de una cosa a otra, como la mujer de que habla Richépin: "...Como una mujer borracha, que rueda en el infinito".

Sin saber por qué ni cómo."

Judíos y marxistas han estado catorce meses en el Poder. El ministro de Hacienda del nuevo Gobierno, Georges Bonnet, cuenta la situación en que han dejado la Tesorería:

—No quedan más que veinte millones en la caja—afirma.

—Un olvido—comenta otro diputado.

La obra maestra

No es hora todavía de historiar la labor de Blum en la guerra de España, obra maestra de su doblez.

No cree en la Patria. Pero cree—su diario lo proclama en Julio de 1936—en la necesidad de la unión de los pueblos que tienen la misma ideología. ¿Qué hacer? Echar todo el peso del Gobierno francés al lado de su amigo de España. Los primeros barcos hispano-bolcheviques están ya, para cargar, en Marsella. El primer

cargamento de oro ha llegado a Le Bourget. La locura que, internacionalmente, supone la conducta iniciada, ha de hacerse sentir dentro de Francia. Se habla de la "gran dimisión" de M. Lebrun—de la "pequeña dimisión"—de M. Delbos. El Gobierno inglés hace ver el riesgo de la aventura. El plan encuentra obstáculos.

"Tengo el alma desgarrada—dirá Blum a Fernando de los Ríos—. Mantendré mi posición a toda costa y con todos sus riesgos. Hay que ayudar a la España amiga. ¿Cómo? Ya veremos".

Para Blum no hay problema. Domina el juego de las palabras y los hechos. El Gobierno volverá atrás. Un Consejo de ministros acordará "No practicar la Intervención". Ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, el presidente desmentirá "todos los rumores de pretendidos envíos de armas, aviones y material de guerra a España". En otra reunión del Gobierno se tomará la iniciativa de dirigirse a otros de Europa proponiendo "la adopción y observación de reglas comunes de no intervención". A sir Georges Clerk, embajador de Inglaterra, se le darán seguridades de "no suscitar ni la menor sospecha en el caso de España".

Quedan las masas obreras. Ante ellas comparece León Blum en el Luna Park. Nunca un discurso suyo estuvo tan lleno de aquel afán teatral de convencer, de aquella íntima insinuación de que una cosa se dice, otra se siente y otra se hará. "¿Sabéis bien que no he cambiado y que soy el mismo de siempre. ¿Crecéis acaso que hay un solo de vuestros sentimientos que no comprenda y que no experimente?"

Es el mismo. No ha cambiado. Cuando pronuncia estas palabras hace cerca de dos meses que los primeros aviones que el Gobierno destinaba a los marxistas españoles, en el aeródromo de Etampes-Mondésir, fueron devueltos a la casa constructora. Y al día siguiente llegaron a Barcelona, enviados "a título comercial". Hace mes y medio también que el primer cargamento de oro español se perdió en la red complicada de los Bancos franceses. Ni un solo día se ha interrumpido el juego. Por la frontera francesa han ido pasando a la España roja, aviones, cañones, ametralladoras. Y, en caravana infinita, los "voluntarios", los hombres de las brigadas internacionales, toda la chusma del Mundo.

El Alzamiento Nacional habrá de ser una dura guerra, una Cruzada heroica, contra cuanto pasa por Francia, bajo la protección de M. León Blum. Contra cuanto él representa: el antiquitamiento del hombre, la disolución del hogar, la desaparición de la Patria, la negación del espíritu. Cuanto puede representar en la hora del Mundo este literato decadente, judío y marxista.

Una
SONRISA
atrayente denota
el cuidado esmerado
de la dentadura con
la eficaz
PASTA
DENTIFRICA
CALBER

La batalla de la propaganda

Por A. Martínez Tomás

Cuando los rojos se esfuerzan en presentar a la España nacional como un país en el que toda arbitrariedad tiene asiento y ninguna justicia asidero; como una tierra solitaria, en que todo languidece y nada prospera, parecen cometer una tontería, un empeño vano y vano, en el sentir de muchos, ya que los signos de felicidad, de riqueza y de progreso de nuestra España, la libertad y redimida, son tan evidentes. Y, sin embargo, este trabajo de apariencia inútil, esta actividad constante de roedor, no se realiza por completo en balde.

A toda propaganda, aun si la más desafiada, hay que concederle un margen de eficacia, muchas veces no lograda por su propia virtud, sino por la torpeza mental, la credulidad y la insuficiente información de una parte del público a quien se dirige.

Partiendo del supuesto de que estos factores existen, y son sus aliados inconscientes, los rojos vienen desarrollando su obra de propaganda antinacional sobre la certidumbre de que su esfuerzo no se pierde y de que con él nos causan un positivo estrago.

Aceptemos la lección, y partamos del hecho cierto de que las propagandas enemigas tienen su público oyente, para procurar neutralizarlos. En Bélgica, en Francia e incluso en Portugal—únicos países que me ha sido posible visitar después de la guerra—no es extraño encontrarse con gentes que tienen de nuestra España una idea tan sumaria como pueden serlo sus conocimientos sobre ciertas zonas inexploradas del planeta que habitamos. Podría ofrecer, sólo en el círculo reducido de mis experiencias, diversos y abundantes ejemplos.

Encontrábase cierto día en Bruselas, en tertulia formada por un grupo de belgas a quien acababan de presentarme, y al manifestar mis deseos de regresar en seguida a Burgos, advertí que aquellos señores me miraban con una sobresaltada estupefacción:

—Pero, ¿usted quiere volver allá?—me preguntó, sin poder contenerse, uno de ellos.

—Desde luego. En cuanto resuelva los asuntos que me han traído a Bélgica, ¡y ojalá que sea pronto!—le repliqué.

—¿Pero en la zona "rebelde" se puede hacer vida normal? ¿No hay peligro de que lo fusilen a uno? ¿No es verdad que se tiene constantemente la vida en riesgo?

—Mi querido señor—le dije—, nunca ha sido tan normal la vida en España como ahora, ni hubo tampoco nunca tanta seguridad para las personas y las cosas. El respeto al prójimo es uno de los principios que se respetan en España, "en nuestra España", más escrupulosamente.

—Pero, dígame—insistió todavía el belga—, ¿funcionan los hoteles, los trenes; están abiertos los comercios?

—En la zona "rebelde", como usted dice, funciona todo con regularidad exquisita. No sólo el viajero puede tener en cualquier parte, incluso en las poblaciones inmediatas al frente, un alojamiento cómodo, sino, lo que es más extraordinario en tiempo de guerra, barato. Y todas las actividades del país, no sólo la comercial, se desenvuelven normalmente, por la propia voluntad e iniciativa del ciudadano, sin que el Gobierno haya tenido que hacer nada para lograrlo. Vea usted la diferencia con la zona roja, donde el "Gobierno" o Comité soviético tiene que mantener constantemente el terror para conseguir que las fábricas trabajen, que los obreros rindan una producción muy por bajo de la corriente, que los comercios abran, que los Bancos negocien... Este contraste entre las dos partes en que está dividida España es la mejor revelación sobre nuestra guerra que podemos ofrecer a los extranjeros. Vayan ustedes a España, a la España nacional, por supuesto, en donde para entrar y salir libremente no existen las dificultades de la zona roja, y se convencerán de lo que les digo.

Los belgas se dejaron convencer por mis palabras, y alguno de ellos ha tenido ya ocasión de comprobar de visu la verdad que había en ellas. Cuando abandonaba España, me dijo conmovido:

—Todo cuanto he visto en España es admirable; pero, ¿no tendrían ustedes modo de hacerlo ver y comprender también al mundo? Es una pena la ignorancia en que se vive en el extranjero respecto a España, la España de ustedes, a la que ya me osaré nunca llamar "la zona rebelde".

Después por completo la campaña de infamias y falsedades alzada contra nosotros en el extranjero por los rojos, es tarea difícil. Primero porque se ha invertido en ella torrentes de oro, y luego porque, desgraciadamente, hay en el mundo demasiada gente fanatizada y envenenada por las predicciones marxistas, que se niegan sistemáticamente a reconocer la verdad cuando esta verdad les es desagradable. Pero, por lo mismo que hay que otorgar siempre un margen de eficacia a la propaganda—a la de ellos y a la nuestra—, no se ha de desmayar en el empeño.

Nosotros disponemos de un arma que a los rojos no les será posible esgrimir nunca: la verdad. Con este instrumento casi mágico, manejado con la habilidad con que ha empezado a hacerlo, bajo la dinámica e inteligente dirección de Dionisio Ridruejo, la pequeña pero selecta legión que ha asumido esta tarea nacional, la España de Franco se está abriendo los horizontes del mundo.

Una propaganda aguda, metódica, vivaz, de tipo y estilo modernos, empieza a ganarnos lo que la incuria propia y el dinero rojo nos habían regateado en el ancho ambiente internacional. Hay, sin embargo, muchos resortes que tocar en el aspecto de la propaganda en favor de nuestra causa; uno de ellos, del que se ha hecho hasta ahora escaso empleo, es la estadística.

Con citar sólo, con la fría dialéctica de los números, las nuevas empresas industriales que se han aposentado en nuestra zona, se esgrime el mejor argumento para demostrar la vida pacífica y fecunda de la España de Franco. Cerca de dos mil negocios industriales de amplia envergadura, la mayor parte de ellos establecidos por fabricantes fugitivos del territorio rojo, trabajan bajo la paz del Generalísimo, a todo rendimiento. Cuando comenzó la guerra, la mayor parte de las fábricas de tejidos de Béjar estaban paralizadas o arrastraban una vida lánguida. En la actualidad están en funcionamiento todas ellas, con turnos de trabajo intensivo. En Sevilla, Málaga, Zaragoza, San Sebastián, La Coruña, etc., se han establecido docenas los talleres y las fábricas nuevas, o se han vitalizado las que había.

¿Qué pueden decir, frente a este milagro de trabajo, realizado gracias a la paz maravillosa de que se goza en nuestra retaguardia, los que han huido en la ruina la mejor zona industrial que había en España, y han desmontado fábricas para malbaratar su utillaje, y han fusilado a centenares a los técnicos?

Más de un millón de fugitivos rojos ha atravesado la frontera nacional para buscar refugio en nuestra zona o venir a prestarnos su adhesión ardiente. Entre estos fugitivos se cuentan por millares los profesionales ilustres, los académicos, los médicos famosos, los abogados eminentes,

los autores más aplaudidos... ¿Cuántos se marcharon de nuestra zona para pasar a la roja? El día que se pueda hacer una información sobre las personalidades relevantes pasadas al campo nacional, sin temor a comprometer a familiares residentes todavía en el infierno creado en España por Moscú, se sabrá con certidumbre plena en qué proporción se han identificado con la causa del Generalísimo Franco los hombres de mayor alcurnia intelectual de España.

Lamentábame yo un día en Francia de la facilidad con que en dicho país se daba crédito a las mentiras absurdas de los rojos.

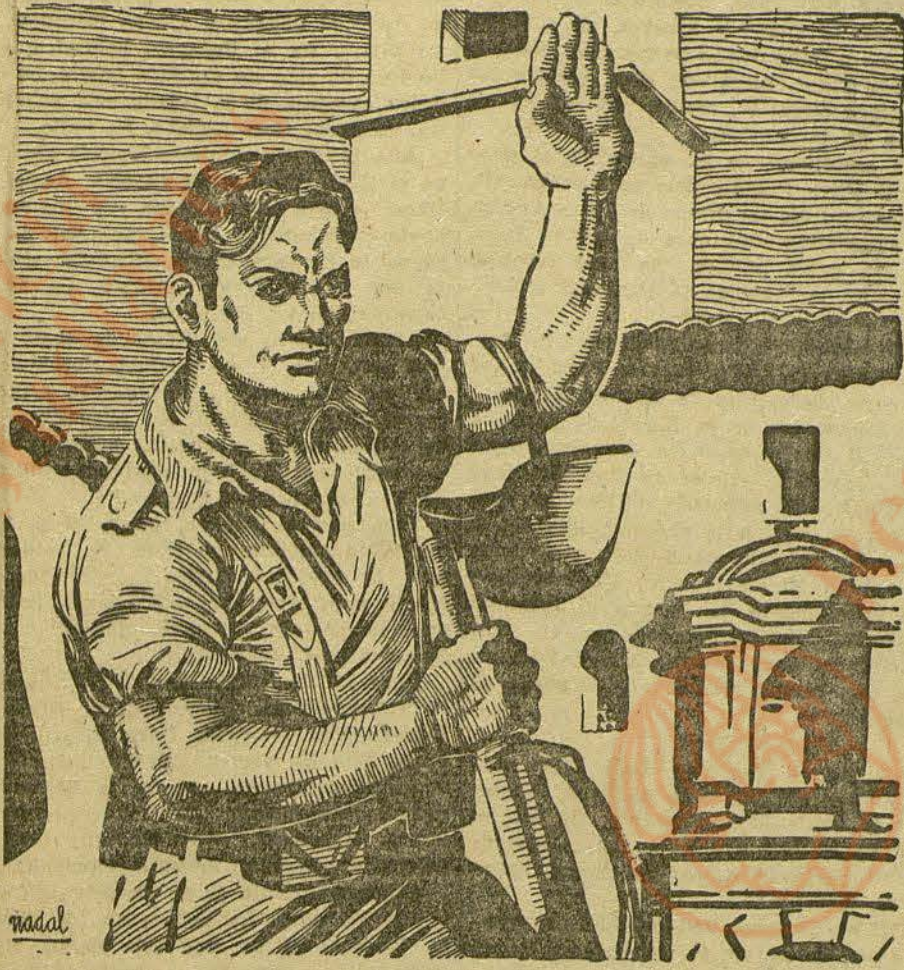
—Es que aquí—me replicó un amigo francés—es donde se ha gastado más oro en combates a ustedes. ¿Y sabe usted la eficacia del oro en esta obra? Su poder es casi mágico.

Pero nosotros estamos ganando nuestra guerra contra el mito del oro, al que ya hemos vencido en varias batallas. La fe, el trabajo y el patriotismo se han revelado en esta guerra como fuerzas mucho más poderosas que el metal amarillo. Quien tiene oro no dispone, en resumen, sino de un depósito que se agotará un día u otro. Quien siente la llama de la fe y practica las virtudes patrióticas, posee un tesoro imponderable, renovado maravillosamente a cada nuevo día. Es como si los rojos poseyeran una mina, de filón valiosísimo, pero fatalmente condenado a extinguirse, y nosotros un manantial fuente y caudaloso, un manantial eterno, generador de fertilidades perennes.

Y así, con penuria de medios, pero con riqueza de fe y de ambiciones generosas, iremos ganando también nuestra batalla de la propaganda en el extranjero, batalla sin sangre, pero tan fundamental para España como las que se libra en los frentes de lucha. Y al par que el Ejército avanza, avanzará también el crédito y el prestigio de la España que amamos, hasta ir invadiendo poco a poco las anchas zonas internacionales señoreadas por la mentira roja, y en las que en lo futuro sólo será creída la palabra exacta, veraz y generosa del Caudillo.

Ante el sacrificio de los hombres

Por Ana María de FORONDA



Porque en estas cosas de dolor y de guerra es absurdo ponernos a cotear quién dio más y quién dio menos a la Patria, quién sufrió más o menos en su carne, siendo que todos los que desce que pudieron se fueron a la primera línea, con el ansia irrefrenable de su juventud, de su valor y de su hembra, se han expuesto mil veces sin pensarlo, y al ser tocados por la metralla o por la enfermedad han dicho:

—¡Maldita herida o daño que me aleja de mi deber!

No exageran en su amor a España. Porque el deber de todo hombre es defender la causa que cree santa de la manera más difícil y más árdua. Para que el sacrificio esté en todo como una ofrenda magna.

Más llamativa, más planifera, más angustiosa y más escalofriante siempre es la herida de guerra. Gritadora y sangrante por sus heridas empujadas, recordadas, llamantes, herida de guerra nos horripila y nos obliga por su crudeza, y nos mira otra vez, cuando vemos el mismo herido, cuando la bala, casi invisible, que sin embargo se llevó a valiente descomparar en Dios.

Los primeros heridos que yo vi en el frente, heridos por los proyectiles "dum-dum-neizados" de los rojos, me impresionaron de tal forma que pensé:

—¡Señor, es mil veces preferible tener un cáncer o pasar una tuberculosis palida! ¡Esto es lo peor!

Pero llegaron los fríos tan fríos—no hay mejor calificativo que le cuadre—del frente de Teruel en Diciembre y Enero.

Dieciocho, diecinueve, veinte grados bajo cero en las trincheras de tierra llana y en el pueblo. Veintim y veintidós grados en posiciones altas.

A esta temperatura gélida, a pesar de que parece que no se puede respirar ni vivir hay que montar guardias, porque el enemigo acecha; el enemigo, lleno de odios y de pasiones infernales, mandado por jefes que a la menor sospecha de miedo o deserción los dejan "secos" de un tiro; el enemigo, como fieras y no como hombres, con la ventaja a su favor de venir de zonas algo más cálidas o resguardadas.

Sin moverse, sin andar, para no hacer ruido, para hacer de verdadero receptor, el "escucha" que sólo hacía quince minutos de guardia fue encontrado muchas veces helado y rígido en su puesto.

"Pies de trinchera", hinchados, deformes, destrozados por la humedad, por el barro por el frío, hundidos horas y horas días y días en el mismo lodazal hecho por las lluvias.

Y todas esas pequeñas y grandes enfermedades que el frío y el calor excesivo, y el andar mucho o el estar quieto y el mal cuidarse, tréan conmigo.

¡Cuánto han pasado muchos valientes antes de acercarse al botiquín del médico para el reconocimiento!

Cuántas verguenzas, cuántos sudores, cuántos pensamientos.

—Me creerán o no me creerán. ¿Y si dicen que soy un cobarde?...

Hasta que obligados casi por el oficial de su compañía desplegar su triste humanidad ante los ojos del médico.

Vuelven a la retaguardia, apocados, callados, vergonzosos. Avergonzados no, que ellos saben que sus fuerzas no dieran para más; pero sí apenados de no haber podido resistir.

Al igual que el herido de guerra sino en tono más bajo, se preguntan y preguntan al cielo:

—¿Y por qué he de haber sido yo y no otro? ¡Si yo tengo que estar en el frente!

sintiendo que sus penas son por su Patria, que sus sufrimientos redundan en beneficio del Pan y la Justicia.

Si no fuera así, si no estuviera tan dentro de sus almas este sentir de raza y de nobleza, no se podría comprender la luminosidad risueña en los ojos del herido, la sonrisa buena de orgullo sano en los labios del mutilado de guerra, y el gesto triste, de imploración y hasta enfado del enfermo del frente.

Este se encuentra inferior a sus compañeros por no poder mostrar una llaga muy grande, una venda muy blanca, una muleta o un cabestrillo que vá gritando el hecho de armas y su gloria.

—¡Que fui herido en el frente!

Y nuestras manos se extienden insensiblemente para ayudar a aquel que perdió un miembro de su cuerpo fuerte y joven por España y por todos nosotros cuya paz le febemos.

Para saludar a todos los que por la Patria han luchado y sufrido, fui a un Hospital de Enfermos del Frente.

Está tan dentro de la carne del hombre el orgullo de ser hombre, que esto que a veces puede ser un mal, en las circunstancias actuales dá renombre, y hace que todo el mundo admire—algunos bien a su pesar—cómo se defiende un pueblo cuando es macho.

—Se les toma cariño a los enfermos,—me dice la enfermera.

—¿Doce horas diarias? ¿Y le parece poco como si hablara con uno de su sala. Sus uñas sin barniz dicen del sacrificio de coquetería por la higiene y el cuidado de las medicinas. Su bata inmaculadamente blanca muestra femineidad, castidad y pureza. El blanco no inspira, a mí al menos, sino oración o sueño.

—Algunos están tres y cuatro meses. Pero son los menos. Los que tienen más prisa por marcharse, ¿a que no se imagina usted cuáles son?

—No sé... los que estén buenos.

—No, los reumáticos. Tienen horror a

que se les tome por "emboscados". Y les decimos: "Pero si el doctor sabe que estás aún mal, ¿cómo va a pensar en eso?"

—Son dignos.

—Es que no quieren que sus compañeros del frente piensen mal de ellos. Otros lo hacen también para que no los den de baja en su batallón. Se encarnan con sus jefes y compañeros. Se sienten en su batallón como en su familia. Cuando oyen el Parte Oficial, todo son comentarios y revuelos: —"Por ahí andan los míos". "Allí podía estar yo..." Siempre quieren marchar.

—¿Trabajan ustedes mucho?

—¿Nosotros? No, doce horas diarias.

—¿Doce horas diarias? ¿Y le parece poco?

—¿Qué es eso al lado de lo que pasan estos pobrecitos, y de lo que luchan los del frente?

El razonamiento es convincente y no lo rechazo.

En los dormitorios el sol entra por los amplios ventanales, dorado y magnífico regalo de Primavera.

Echados o acostados en las camas, los soldados, que las inclemencias del tiempo o la dureza de la vida de campaña envió a la retaguardia.

—¿Tú que tienes?—le pregunté a uno cuyo rostro rosado y lozano no recordaba para nada la enfermedad ni la fiebre.

—Yo...

—Reuma—me dice la enfermera.

—Pero podría ir al frente, porque igual me dolería allí que aquí, y allí hago más falta ¿verdad?

Y se incorpora para tener más pronto la respuesta afirmativa.

—No. Un hombre enfermo no hace un buen soldado.

—Yo no quería venir, yo no quería decirlo...

En sus palabras está la queja como un lamento infantil que hace que uno se sienta protector y maestro:

—Un buen soldado tiene que tener valor, juventud y fuerza. Juventud hasta cierto punto. Se es joven también a los cuarenta o los cincuenta años. Pero si a pesar de todo no tiene salud, está perdido. No sirve.

Yo no sé si es por complacerme,—yo me imagino, y esto me halaga—que le he convencido, porque me dice:

—Sí, si tiene razón. Pero es que...

Es que le es pena estar recluido, estar en la cama, y no poderse poner a levantarse un triángulo dorado en la manga de su guerrera.

En la sala el retrato del Generalísimo está como una visión de fuerza y de Imperio. Y yo pienso, ¿tal vez sea una exageración o una exaltación hacia planes infinitos—que yo preferiera mil veces volver del frente como un hermas, victorioso dentro de su mutilación, que estar enfermo días y meses mientras, allá, en la línea de fuego, en la avanzadilla extrema mis hermanitos juegan sus vidas al rojo y negro en el tapete de la guerra, a conciencia de la postura magna, y perdiéndola con belleza y arrojo.

¿Qué pena tan grande ante el sacrificio de la guerra, qué pena tan grande ante los enfermos del frente, los heridos y los muertos, qué pena tan grande, Señor, por no poder ser hombre!

INTERESA
a los anunciantes
DOMINGO

CANIAS

AGUA DE COLONIA
LA CARMELA
LOPEZ GARO

Invento maravilloso
para volver los cabellos blancos
a su color natural a los quince
días de darse una fricción diaria.
Se aplica con la mano. Puede
lavarse la cabeza y hacerse la perma-
nente. Evita la caspa y caída del pelo.

REGISTRADA EN SANIDAD

De venta en España, Portugal y América

CASA CENTRAL
CASAS REALES, 10
SANTIAGO DE
COMPOSTELA

LUCIDOR

EL LIMPIAMETALES
QUE NUBLA AL SOL

PULE Y LIMPIA
TODA CLASE
DE METALES

ESA MISMA LUCIDEZ QUE OFRECE EL SOL
CUANDO SALE, LA CONSEGUIRA, EMPLEANDO

LUCIDOR LIMPIAMETALES

Producto de

INDUSTRIAS ANDALUZAS, S.A.

Av. DE MIRAFLORES, 2
SEVILLA

Número atrasado:
60 céntimos

De un viaje a Italia

Un Estado firme y consolidado

Por JOSE FELIX LEQUERICA



Es la primera impresión del viajero en la península italiana. Sobre todo del viajero que habitualmente la ha visitado los últimos tiempos y puede comparar. El régimen fascista a sus días y este año está incorporado firmemente a la vida italiana, o llena todo, modela, caracteriza, es. Régimen consolidado en el pleno alcance del término, no una experiencia, como podía decirse hace diez años, incluso con simpatía e ilusión. Realidad, fórmula para un siglo, para dos siglos —Dios sabe sobre cuánta dimensión de tiempo ha de proyectarse, pero ya con las características definitivas de los sistemas que caracterizan grandes períodos de Historia. ¡Si al fin y al cabo vive ya más que el Imperio de Napoleón! ¿Y qué no supuso el molde imperial francés para su propio país y para Europa, que no supone hoy todavía?

La irremediable vejez del mundo liberal, su pérdida de visión y sensibilidad, se ha ejercido como nunca frente al problema italiano. No ha entendido nada. Primero creyó al fascismo una dictadura como otra cualquiera. "Eso ya lo conocemos, es el Imperio de Napoleón III", escribía muy al comienzo del nuevo régimen un periodista francés. Luego cuando empezó a percibir el prodigioso fenómeno social de "masas", de plena vida total, de dignificación y entonamiento de los más, que es sobre todo lo que el fascismo ha creado, se volvió a decir: "Eso no puede subsistir. Muere por el triste estado de su hacienda incontrolada", nos decían hacia el veintidós, el veintiocho o el veintinueve las personas graves y serenas a regresar de Italia. Naturalmente, fué todo lo contrario.

Y entonces jugaron la carta internacional, la de Albania y las sanciones. "Esos gobiernos autoritarios solo pueden apoyarse en la gloria militar y en la conquista; por eso necesitan para vivir la guerra y perturbar la paz del mundo. De ahí vendrá su muerte", se lanzaban a decir los mismos señores de la inquietud social y la ruina económica. Su infinita bajeza ante lo constituido, lo "normal", como ellos dicen, no les permitía siquiera abrir un mapa y mirar lo que las "grandes democracias" ocupan del planeta en todos los continentes, o recordar, mental en mano, las guerras incabables de los "soldados del derecho" para apropiarse los más sabrosos trozos de Asia, de África y de Oceanía. Era la Italia dictatorial la perturbadora con su apetito desmesurado, y el "mundo" lo que ellos tienen —y reverenciaban bajamente— por mundo, la traía a mandamiento. Lo esperaba gozoso con la manifiesta alegría del esclavo agradecido.

El fiasco colosal del sistema linebrino, la sabia rectificación de Chamberlain, el triunfo positivo de Mussolini, la creación del Imperio colmó su furor. Y ahora quieren nada menos que la destrucción de Italia, el castigo del país que renunció a ser oscuro segundo o tercero liberal, y reivindicó el puesto correspondiente a su estirpe y a su genio. Para sancionar semejante audacia piden la guerra, la guerra, la de revancha del demo-liberalismo masónico.

Bocados difíciles. Desde la calle ordenada de Roma hasta el aeropuerto imponente de Cagliari, y desde el Ejército de apariencia —y realidad— decisiva a las multitudes increíbles de unanimidad y fervor, aquello traduce ya el gran país, el país fuerte, capaz de dominar todas las tempestades. Italia y el régimen son uno en tensión y propósito.

Todos nosotros hemos presido, honrados por los jefes de este gran pueblo, los estadios en que se celebraba la leva fascista. A mí me tocó ver el espectáculo en el de Florencia imponente y bello. Como antes me había tocado hablar en el Teatro Verdi enorme, atestado del público más vibrante, sensible, agudo, perceptivo y a la vez caliente y hasta frenético, que he tropezado nunca. Gran calidad de pueblo. Pueblo hecho, con solera. No hay error posible. Cuando —lo ha contado ya la prensa— un hombre maduro, alto, enlutado y con los ojos rojos me dijo al salir del escenario, firme de voz, que había perdido un hijo voluntario en la guerra de España, pero que estaba orgulloso de su muerte, comprendí hasta donde llega el alma del gran pueblo italiano. Igual que en Sabaudia al oír gritar a guerreros junto a nosotros, solo contenidos por el respeto a los compromisos internacionales.

Recordamos los primeros tiempos del Gobierno fascista, las sesiones difíciles de Montecitorio, los periodos de sacrificios —aquel "Becco Giallo"— insultantes para los hombres del partido. Las vacilaciones, los temores sobre el porvenir del régimen del año 24. Los primeros efectos de la legislación del orden nuevo. Todo ello queda infinitamente lejos. El milagro está hecho. No ya los que eran niños entonces y hoy son jóvenes, y las generaciones infantiles posteriores ascendidas a la juventud en el encuadramiento fascista. Incluso los propios hombres maduros que han conocido la división y la discordia, participando en ella; esos rectores de Universidad o personajes de los grandes nombres romanos que nos acogían con el uniforme de la revolución nacional, son fervorosos del régimen fascista. ¿Cómo no han de serlo, si les ha devuelto el honor, la ambición, la grandeza, la fuerza? ¡Aquel prodigio de Sabaudia, de Littoria, de Aprilia—bellamente cantado por Víctor de la Serna—, ciudades surgidas en plazos extrahumanos del fondo de unas tierras malsanas, hoy encantadoras en su actividad y en su belleza!

Hasta económicamente —nos lo decía una grande autoridad española en el ramo, que conoce y vive Italia—, hasta económicamente, ¡ah!, sensatos de 1927!, está muy bien Italia. El especial régimen de movilización de la riqueza y la su signo, resulta ser un éxito. Los hombres de negocios y de actividad honesta—horror de horrores—están también contentos...

Y se ve en seguida ese tesoro de los pueblos: un personal director. En los contactos de viajes, comidas y actos públicos puede uno percibir la realidad de una clase selecta, fanáticamente comprometida con el propósito fascista, sacrificada a él, viviendo en tensión. ¡Habló, a la vez, con esa fórmula de tenacidad que no consiste en dar con la cabeza en las paredes, sino en continuar inflexiblemente la realización del propósito por todos los medios que la ciencia política y la fe comunican a los hombres escogidos para tales funciones.

Bendición para Italia.

Mussolini y su obra

Lo ha dicho Manuel Aznar, la ha dicho Bedoya: a nosotros nos hizo Benito Mussolini el honor máximo: nos recibió en hombre. No en héroe, ni en genio—era su derecho—, sino en hombre cordial y humano, superior, pero a la vez cercano, fraternal casi, hacia los españoles que sufren y merecen bien del mundo; habiéndonos con la voz pastosa y amable, el gesto sonriente, la actitud simple. Hasta sencillez en los detalles de indumentaria.

Y sin embargo, este hombre es un héroe de la historia. Imposible acordarse de él sin echar mano al estante y copiar el consabido párrafo de Carlyle: "...Porque la historia de lo que los hombres han realizado en este mundo es, en último término, la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí...". Ellos fueron los modeladores, los arquitectos y en un amplio sentido, los creadores de lo que la masa general de los hombres se esfuerza en hacer o conseguir; las cosas que vemos en el mundo con la realización corpórea de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo".

Hacia mucho tiempo que no esperábamos inquietos ninguna entrevista. Y esta, sí. La nervosidad ganaba la comisión, formada de gentes hechas a muy variadas y muy duras experiencias. Cada vez que un ujier abría la puerta y entrevíamos el despacho histórico del Duce, todos volvíamos la cabeza impacientes, ansiosos. Ni la grata conversación del conde Ciano—brillante, juvenil, noble—nos acababa de acomodar.

Ibanos, al fin y al cabo, a darnos con la historia. Con el hombre que ha cambiado el sentido de la vida. "Gracias al

genio de nuestro Duce—podimos decir con plena sinceridad en Florencia—, el camino del mundo hacia el abismo se ha desviado. Hubo un momento en que los numerosos y humildes heridos, más que por la miseria material, por la injuria moral permanente de un sistema social donde el valor económico había concluido por ser la única jerarquía, abandonaron todas las formas de fe que elevan al hombre y le hacen digno de un destino espiritual; no creyeron en Dios, no creyeron en la Patria, abandonaron la creencia en el sacrificio, en el heroísmo, en los valores morales. ¡Un triste mundo! A los que más sufrían en lo material, les faltaba también—y ésta era la peor de las desigualdades—el consuelo de vincular su vida a las finalidades que hacen noble el sentido del honor, la fe en la Patria, la unión en busca de los destinos ideales. ¡Habéis devuelto la alegría al mundo!"

Fenómeno tan enorme que, acudir a él en aprendizaje, lejos de ofender a los pueblos verdaderamente grandes también, ¡es analítico. "España ha dado al mundo suficientes pruebas de su capacidad creadora, podemos decir en la misma gran ocasión, ha suscitado las bastantes ideas universales y engendrado número de pueblos, para poder declarar muy alto lo que en esta época de la Historia debe al genio italiano, a su revolución política, a la creación de Benito Mussolini!"

¿Por qué no? La cultura universal es el entrecruzarse del pensamiento de media docena de pueblos entre los que nos contamos nosotros. Según los momentos el máximo de inspiración corresponde a unos u otros. A veces con ciertas modalidades nuevas resucitan en un clima distinto ideas antes creadas o florecientes en otro. El conjunto marcha mediante esta compenetración creadora. ¿Cómo negarle ahora, pues, su altísima novedad al gran invento mussoliniano, a la reconciliación interior de los pueblos por fórmulas superadoras de la discordia, repletas de verdadero espíritu transformador y santamente revolucionario?

Revolución

Porque los que entre nosotros se asustan de la revolución nacional y de la revolución nacional-socialista, deben pensar que este nuevo régimen italiano de prosperidad, honor, y contento general se llama también la "revolución". Eugenio Vegh ha recogido y comentado en "A B C" agudísimamente lo que aquí mismo escribimos sobre este tema. Italia es una revolución consolidada y operante a la vez. No se da en ella ninguna inquietud, ningún temor de opresión, crimen o despojo, conceptos unidos a la vieja y odiosa revolución siglo XIX; pero tampoco el estar quieto y oculto a la mirada superior vigilante de todas las actitudes. Otra cosa sería una simple reacción, un circunstancial movimiento defensivo, el predominio accidental de unos pocos bien intencionados entre un pueblo frío, resignado al principio y luego otra vez enconado por la demagogia.

¿Pero es que conocían o conocen la felicidad y la calma bajo las instituciones liberales, quienes ahora parecen echarlas de menos? ¿Les era grato vivir entre aquellas multitudes hostiles—ojos odiosos, manos dispuestas siempre a la violencia—sintiendo helada la atmósfera para todos los impulsos altos y generosos de patriotismo y desinterés, amparados por la eterna sombra de demagogos y los fusiles de los guardadores oficiales del orden? ¿No es infinitamente más noble, generoso y elevado este apañarse con los demás hermanos de cultura y espíritu para, todos juntos en una y santa igualdad respetuosa de las auténticas jerarquías, cantar los himnos de Dios y de la Patria? ¿Qué quieren esos espíritus de cartón atorugados o inválidos, llenos de reservas e incomprendimientos cautelosos?

Pues eso es la revolución nacional fascista como la española. No demagogia, ni sociología exclusiva o principalmente, sino exaltación patriótica donde las injusticias se funden sin ruido ni resistencias, cediendo a una dirección superior indiscutida, aceptándose en el anhelo común con alegría las precisas transformaciones. Transformaciones celosas del bien de todos, y es bastante inteligente para saber donde está ese bien, sin ceder a las mentiras de la puja electoral.

Partido

Instrumento de la revolución, el Partido. Amorosamente cuidado en Italia, vigilante, presente siempre en sus altas y bajas jerarquías. Con él nos ha sido dado vivir en contacto varios días inolvidables. Enseña bien la experiencia italiana como ni el poder del Estado ni el simple entusiasmo popular bastan para mantener vivo un sistema político. Mussolini ha inventado el partido, nervatura, nucleación del país, capaz de sostenerlo siempre activo con la fuerza oficial y la agilidad popular a un tiempo. Amigo, instructor, vigilante y cabeza del pueblo. Su consejero y su ejemplo. El que le lleva la dirección de la altura y hace saber a la altura, por infinitos canales, lo que el pueblo—libertado del agitador demagogo—piense y quiera, cosa enteramente distinta de lo que parecía desear cuando era solo instrumento en la batalla electoral y revolucionaria.

Creación genial de Mussolini el partido.

Los españoles tenemos en esta organización italiana una gran fuente de enseñanza. ¿A qué inventar cosas que están ya inventadas y que corresponden a nuestra genialidad cristiana y latina? No se presta más que a los ricos dice el viejo proverbio. Nosotros somos lo bastante ricos de historia y juicio político para poder pedir prestadas a Italia sus mejores realizaciones de Estado, seguros de aumentarnos y enriquecernos con nuestra plena capacidad actual y la enseñanza ingente del pasado.

Cuando visitábamos no solo las escuelas, sino las Universidades—las antes neutras y libres Universidades—veíamos en todas las clases un gran Crucifijo presidiendo los retratos del Rey Emperador y del Duce. ¡Toda la simbología de la revolución fascista, amigos espantados de nombres o de fantasmas! Frente a la revolución abominable que escarneció esos símbolos, no una reacción ni una restauración defensiva provisional, sino la audaz creación política social del Estado sindical y corporativo que concluye exaltando los valores eternos.

Sindicato sí, corporación decimos mezclando deliberadamente términos. Esenciales en su plena vitalidad, asustadizos amigos. Hace ya muchos años, cuando el clima espiritual era otro y la equivalencia de las palabras distinta, Don Antonio Maurya pudo decir que "la huelga era el derecho de propiedad del obrero". Hoy no hay huelga. Pero salvando las disonancias verbales, dando a los conceptos el nuevo lenguaje limpio, si podemos decir que la sindicación es el derecho de propiedad de los trabajadores, y que a su alta ejemplaridad italiana deberemos, a cada paso volver la vista, después de haber contemplado los efectos asombrosos del sistema al mezclarnos entre las multitudes populares.

Se ha transformado uno de los pueblos más profundamente enojados por la propaganda masónica, de masas más inquietas, de juego divisor de partidos elevado a las mayores potencias. Transformación capaz, por sí sola, de hacernos a nosotros, españoles de 1938 infinitamente optimistas.

UN ESTILO

El resultado visible de la revolución nacional fascista es la creación de un espléndido estilo de vida. Que los interesados en ello os hablen de la teatralidad, de la aparatosidad de los despliegues fascistas. En de

cho forma parte de su juego. Todos los españoles de la Comisión enviada a Roma, veremos impresionados por la sobriedad, la distinción, la dura originalidad marcial del fascismo, igual en sus reuniones de las altas jerarquías que en las grandes movilizaciones populares. La sensación de vigor y potencia creadora eran auténticas, espesas, y reguladas por un gusto seguro de la exteriorización sobria. El amor, la gratitud al Duce creador de la Italia nueva preparan los espíritus para esa actitud visible.

Poténkin pudo simular con telones unos paisajes agradables para el viaje de la Gran Catalina. El bolchevismo ruso intenta también presentar a ciertos viajeros bien dispuestos consecuencias grandiosas y progresos sociales bien montados. Los Gide, los Citrine, los Céline a su vuelta dan buena cuenta del caso artificial. No se distraza un pueblo, ni casi una persona, fuera de los días señalados de Carnaval. Para los pueblos además no hay días de Carnaval exceptuados algunos momentos, especialísimos de Ginebra.

Lo que hemos visto en Italia era verdad y se traducía en el estilo inconfundible de la verdad. Estilo no aparentado sino genuino, con el encanto inconfundible que solo pueden comunicar a sus ojos públicos los grandes pueblos históricos vueltos a sí mismos. Y es Roma, la Roma sólida, fuerte y sobria la que ha resucitado en Italia.

España, Franco y la unidad de los españoles

De ahí la comprensión de España, de su sacrificio y de su papel salvador de la civilización, visible en el martirio de esos héroes voluntarios caídos en nuestra tierra y exteriorizada en la imponente acogida tributada a los comisionados del Generalísimo. Sólo la grandeza percibe a la grandeza, y era un pueblo vuelto al sentido del Imperio el más capaz de sentir cerca el alma imperial también de España. Eso era lo que decía la fiesta romana cantada con belleza en la crónica de Juan Ignacio Luca de Tena. Eso es lo que significa esa conmovedora expectativa a la que aludí Aznar, al escribir que hace tres años no se ha presentado a nuestra Patria una ocasión semejante de participación en la gran política europea. Las aclamaciones frenéticas, delirantes, al Caudillo, los "Franco, Franco" repetidos sin límite, lo mismo por el público de Roma, que los que escuchábamos a nuestro auditorio florentino, o los oídos en todas las demás ciudades de Italia, traducían esa comprensión de la transformación de España, su acrecentamiento por el milagro del mandato único y sagrado de la política universal.

El conflicto italo-español nos llena de solución y pide la tensión máxima de nuestros sentimientos. Ya no estamos encerrados y pacíficos. Por el camino de un heroísmo sin ejemplo, hemos vuelto a conquistar la estima de los mejores, encabezados hoy por Italia. Es tema para indefinidos comentarios. Por hoy, pensemos sólo en los deberes excepcionales impuestos por el nuevo sentido de nuestra vida internacional, concluido el paréntesis de abatido aislamiento.

El primero, la unidad de hierro alrededor de Franco y los principios del Movimiento.

Si nuestra comisión era representativa de cuanto por distintos canales llegó al 18 de Julio, la impresión de un comisionado, convertido a estos efectos en observador de los demás y con cierta experiencia, no puede ser más jubilosamente optimista. Capacidades probadas, otras—considerabilísimas—juveniles, de un brillo de entendimiento, entusiasmo y preparación política impresionantes. Rápida adaptación a papeles difíciles y responsables, tensión de cada momento, todo eso hemos podido ver en los demás comisionados que designó el Gobierno. ¡Y qué unanimidad de fervor, de aficiones, de simpatías; qué encendido patriotismo igual el de todos ellos! ¡Qué unidad de doctrina, además!

España es así cuando se lanza a cumplir misiones superiores; es decir, cuando se decide a ser España. Mucho será preciso ingeniarle para inventar minucias capaces de desunir a gentes tan encendidamente conformes en lo principal. Lo decimos pensando lo mismo en este selecto, excepcional microcosmos de nuestros compañeros, que en el país por ellos representado.

Para evitar tal triste aparición está el poder nacional del Caudillo y la obra común de grandeza interior, ante cuyo aliento han de borrarse perpetuamente todas las preocupaciones menores.



—El alcohol acorta la vida.
—Será por eso, doctor, por lo que me parecen interminables los días cuando no bebo.

dentifrico

moderno, de fórmula científica. En él se aunan todos los progresos de la profilaxia dental y las exigencias del gusto más selecto. Realiza a fondo la limpieza de la cavidad buco-faringea, eliminando los microorganismos peligrosos. Conserva y abriganta la nitidez del esmalte. Es jabonoso y de gran rendimiento. Basta cubrir un tercio del cepillo al usarlo.

CREMA DENTAL

MARFIL

SEVILLA
TENA
MADRID

Teatro de las operaciones en Levante



C. Ruigomez y Compañía

IMPORTADORES DE GARBANZOS, BACALAO, TOCINO, CAFE y otros artículos
OFICINA Y ALMACENES: FERNANDEZ DEL CAMPO, 12 - Tel. 1613

Apartado 51

BILBAO

—¿Es usted afortunado
en la Lotería? —¿No?

Juegue en la de la PLAZA DE EUROPA, de SEVILLA,
que sirve billetes pago a reembolso.

Mapa - Guía de España

Hojas publicadas: números 4, 10 y PRODUCCIÓN INTEGRALMENTE EN ESPAÑA
Precio: TRES PESETAS
Venta exclusiva: LIBRERIA PRIETO Mesones, 65 - GRANADA

ASMATICOS

Curaréis con PAPELES y CIGARRILLOS
MURILLO Producto Nacional

CORCHERO GARBANZOS ACEITES
MERIDA

Primera casa en ventas de Extremadura

Compañía Vascongada de Seguros y Reaseguros

Incendios :: Robo :: Accidentes
Automóviles :: Marítimos :: Terrestres

Calle Vergara, 2 y Avenida de España, 13

(EDIFICIO PROPIEDAD DE LA COMPAÑIA)

SAN SEBASTIAN

Telegramas VASCONGADA Apartado de Correos 116
Teléfono 31-20

OCCASION JOYAS Y MANTONES CHINA COMPRA - VENTA - CAMBIO ALVAREZ

Garibay, 4 - SAN SEBASTIAN

Baños salinos de Elgorriaga

(Navarra)

LINFATISMO, DEBILIDAD Y MANIFESTACIONES OSEAS Y ARTICULARES
Detalles en Administrador del Baño

TEMPORADA DEL 15 DE JUNIO AL 30 DE SEPTIEMBRE

In Memoriam

General Emilio Mola Vidal

Por GUILLÉN SALAYA

Aquellos primeros días de Junio de 1937 no eran días ardorosos, de cielo hialino y sol bermelo dorando los verdes, jugosos y montañeros prados de Vizcaya y las rastrosas y trigales de la castellana tibia de Burgos. Eran días de lluvia pertinaz o de nieblas cerradas. Malos días para la sangre fogosa del soldado que quiere luchar sin tregua. Atrás habían quedado las banderas victoriosas, izadas bajo el cielo imperial de España, en Irún, en San Sebastián, en Tolosa...

El general victorioso se disponía, con sus botas rojas, con sus camisas azules, con sus soldados de España, sigilando las órdenes del Caudillo, del Generalísimo Franco, a romper en mil pedruzcos el "cinturón de hierro" y rescatar para la unidad y la grandeza y la libertad de España la populosa e industrial ciudad de Bilbao. Atrás, pero inabordable en el recuerdo, presentes en el gran afán de los buenos españoles, quedaban aquellos días de Julio del 36 en que los corazones dolientes de los patriotas fueron levantados por unos cuantos elegidos al grito de guerra contra los traidores, contra los vendidos a Moscú, contra los sin Dios y sin Patria, contra los demagogos de la civilización distinta, eterna e inmarcescible.

Mola se hallaba en Navarra, en esa Pamplona católica y patriota, de piedras milenarias, de pechos duros, de corazones de acero. Y fue en Pamplona, y en aquel mes ardoroso de Julio, cuando la sangre mola ponía amapolas en las rastrosas, y en el verdín de los prados, y en las crestas rocosas de las montañas, cuando el general Mola dijo, con aquella severidad de su semblante ceniciento:

"Quiero que el marxismo y la bandera roja del comunismo queden en la historia como una pesadilla. Mas como una pesadilla lavada con sangre de patriotas, pues esta sangre gloriosa que hoy se está derramando en el frente ha de ser la que ha de remidir al pueblo español de sus yerros y desvarios, y la que ha de conducir a las grandes empresas para las que está predestinada España".

Casi al cabo del año de pronunciar estas lapidarias palabras se hallaba al frente del Ejército del Norte, el Ejército victorioso de Franco, empujando a que las aguijas doradas del sol desgarrasen los velos tupidos de la niebla para levantar Bilbao a la altura de España, en la palma de su mano.

Como era día gris, y el reposo no se ha hecho para soldados como Mola, tomó un avión en Vitoria, camino de Valladolid, tierra patria y llana. Mas para remontarse a la meta había que pasar sobre los altos cerros burgaleses. Perdido en la niebla el avión se desató contra el seno rocoso de una montaña. Y hubo de ser un pastor humilde quien primero viese los restos del Jaramero General. Y hubo de ser en Castilla, en Burgos, patria del Old Campeador donde cavase del cielo, muerto, como un águila moribunda. Y le lloraron los pastores sencillos y los aldeanos humildes, y las botas rojas, y las camisas azules, y los soldados de España, porque a todos los llevaba la Patria, el Pan y la Justicia. "Se nos pregunta del otro lado—había dicho Mola—, que a dónde vamos. Es fácil y lo hemos repetido muchas veces. A imponer el orden; a dar pan y trabajo a todos los españoles y a hacer justicia por igual... y luego, sobre las ruinas que el Frente Popular dejó—sangre, fango y lágrimas—, edificar un Estado grande, fuerte, poderoso, que ha de tener por gallardo remate allí en la altura, una cruz de amplios brazos señal de protección a todos, cruz sacada de los escombros de la España que fué, pues es la cruz símbolo de nuestra fe, lo único que ha quedado y quedará intacto en esta vorágine de locura, vorágine que intentaba teñir para siempre las aguas de nuestros ríos con el carmín glorioso de la valiente sangre española".

Y le lloró Franco, el Caudillo. Con Mola moría un ejemplo mimético de lealtad, de obediencia, de espíritu de servicio y de sacrificio. Días antes de morir decía a sus compañeros de armas: "No hay hombre en el mundo más feliz que yo. Lo único que faltaba a España era un hombre que la pusiese en pie. Franco lo ha hecho. Los demás sólo hemos sido ayudantes a sus órdenes, leales, entusiastas de seguirle y obedecerle hasta lo infinito".

Y le lloramos, con lágrimas quemantes ardidas como hierros candentes, los prisioneros de los "rojos". Los presos de Bilbao, de Santander, de Asturias, que esperábamos angustiados y anhelantes, la entrada salvadora del Glorioso Ejército Nacional, le lloramos con una amargura que nos retor-

ca la garganta. De todas las lágrimas y de todos los rezos que se vertieron y dijeron, los nuestros serían los más agudos y dolientes, porque brotaban, y se mustaban, en el camino del calvario más atroz y sangriento que ha conocido la historia humana.

Y, cómo le lloraban los buenos madrileños para quienes Somosierra era un altar donde dirigir sus miradas fervorosas y encendidas de esperanzas!

Y, en suma, le lloró toda la juventud porque el General invicto, en la madurez gloriosa de su vida, volvía sus ojos amorosos hacia la nueva juventud de España. Y recordando otras mocedades envenenadas por el odio del liberalismo, decía: "La juventud de hoy piensa de distinta manera. Lo demuestra su espíritu combativo, su amor al ideal, puesto por encima de todo, garantiza el éxito de sus buenos propósitos ya puestos en ejecución. Sabe a dónde va. Yo no puedo negarlo, soy optimista. Tengo una confianza ciega en estos muchachos impetuosos que exigen".

¡Qué ejemplo para todos la vida del General Mola! Capitán de Regulares en Marruecos, ¡Heroico Capitán Alá, en aquellos años del 12 al 14, el Teniente Mola ascendido a Capitán se cubre de gloria en unas operaciones efectuadas, en las faldas del monte Beni-Hosmar. El Capitán Izarduy, al mando de su compañía, es batido con eficacia por el enemigo y cae herido de muerte. El Capitán Mola—dice el parte de guerra—, puesto en contacto con los tenientes Cremona y Orenza, de la quinta compañía, y enterado del incidente ocurrido, trató de retirar el cadáver de Izarduy, pero el enemigo era muy numeroso y, contentándose su impulso, los obligó a parapetarse en unas peñas desde donde con sus fuegos impedían el acceso al sitio en que se encontraba el cadáver del Capitán.

Normalizada la situación, la segunda compañía, especialmente la sección del Teniente Franco, que había quedado en el lugar más avanzado al recuperarse el cadáver de Izarduy, tuvo que repeler continuos contraataques, lo que realizó con el mayor éxito, poniendo de manifiesto tales condiciones de pericia y de valor, que le hicieron merecer el empleo de Capitán.

¡Bravo Capitán, con el alrón glorioso de su gorra verde o colorada, bajo la media luna del cielo africano! En Marruecos, en aquella magnífica escuela militar, que eran los montes desolados de chumberas y de turbantes del suelo marroquí, hizo Mola su carrera militar. Templándose en el heroísmo como en la defensa, con bravura estolosa de la posición de Dar-Acedia, el enemigo sitió la posición. El tiroteo se continuó. El alhar de las balas día y noche sacude los nervios de los sitiados de tal manera, que van cayendo de fatiga. Escasean las municiones. Escasean los víveres y el agua. Los soldados se desploman exhaustos, y piensan en la entrega como en una liberación. Mola, el Teniente Coronel Mola, que no cede a la fatiga, ni hambre, ni sed, arena una y otra vez a sus soldados. Y cuando les va a las puertas del desmayo total recurre a un ejemplo plausible para levantar el ánimo de aquellos soldados fuertes como fieras, pero ya medio abatidos por el huracán del asedio. "Se ha recibido un mensaje—dice—, que nos comunica la proximidad de un socorro. Animo, muchachos. Unas horas más de lucha y la victoria es nuestra". La Providencia ha querido que el esfuerzo se convierta en verdad. El socorro llega, y la posición es liberada. Así, a fuerza de heroísmo, va subiendo Mola en su carrera militar, toda hecha en el suelo marroquí, cara a la muerte y cara a la victoria.

Mola, Coronel del Regimiento de Melilla. Mola, Comandante General de Larache. Es allí en ese puesto, donde Mola desarrolla todo su talento de formidable organizador de ejércitos. Su dinamismo, su cultura, su espíritu militar, resalta, magníficos, en ese alto puesto de mando. Y crea un modelo de ejército colonial.

Mola en Madrid, al frente de la Dirección General de Seguridad, en los tiempos aciagos de la pre-agonía de España. En aquel tiempo las fuerzas antiespañolas habían desatado el huracán de su odio. Y Mola es el alto vallador en el que se rompen las olas de aquel mar embravecido y turbido de pasión que amenazaba con anegar y destruir nuestra España. Y Mola, alto y ceniciento como un Capitán de leyenda, como un General de los Terceros del Duque de Alba, resiste impávido la embestida masónica que ha elegido a España, como punto fijo, para dueña de este apéndice milenario de Europa. Mola advierte el peligro. Mola aconseja. Mola clama en el desierto de la incompreensión y de la desgana suicida. España se le va derritiendo a Mola en el corazón, en las entrañas, en los huesos. ¡España muere! ¡Hay que salvar a España! Y como hay que salvarla de las garras de la masonería y del comunismo, unos cuantos hombres se ponen en pie el 18 de julio, levantando su espada por España y a las órdenes de Franco, el Caudillo.

El sentido patriótico del Movimiento lo precisa Mola en unas palabras suyas: "Alguien ha dicho que nuestro Movimiento ha sido preparado por unos generales ambiciosos y alentados por unos partidos políticos dolidos de una derrota electoral. Esto no es cierto. Nosotros hemos ido al Movimiento, seguidos ardorosamente del pueblo trabajador y honrado, para liberar a nuestra Patria del caos de la anarquía, caos que desde que escalo el Poder el llamado Frente

Popular, iba preparándose con todo detalle al amparo cínico y hasta con la complacencia morbosa de ciertos gobernantes. De no haber salido nosotros al paso con tiempo y en fecha oportuna, la Historia de la Humanidad hubiera conocido, en pleno siglo XX, la más sangrienta de las revoluciones que nos hubiera llevado forzosamente a desaparecer del mapa de Europa, como nación libre y civilizada. Lo ocurrido en todos los lugares del territorio nacional en que los rojos han dominado, el pequeño botón de muestra de lo que hubiera sido lo otro; lo que se proyectaba para el 29 de julio, bajo los puños cerrados de las hordas marxistas y a los acuerdos tristes de la Internacional".

Y en otros discursos suyos fía de nuevo, como una obsesión de su pensamiento, el gran sentido y sentimiento patriótico, entrañablemente nacional, que tiene nuestro Glorioso Movimiento. "A esta gran Cruzada—dice—, nos lanzamos unos cuantos hombres de buena voluntad, alentados por el aplauso unánime de la opinión pública, que siente en sus venas latir la misma sangre que hizo gloriosos a los numantinos, a los héroes del Dos de Mayo, y a las huestes de Alvarez de Castro y Párraga. También esta es una guerra contra el extranjero, pues ni Carlos Marx ni Lenin fueron españoles, ni fueron jamás mercancía de nuestra producción las simbólicas escuadras y compañías de los vengadores hermanos del Gran Oriente". Nuestro nacionalismo—remata en otro discurso—, es también el más formidable argumento que podemos oponer a las inquietudes de otros pueblos. Ni la España Nacional, ni su Caudillo, tolerarán jamás que en nuestro solar, ni el de sus posesiones y protectorado, impere otra voluntad que la de los españoles, ni otros intereses que el supremo de la Patria".

Buen militar y buen patriota, Mola. Y por ende, buen pensador. Porque el pensamiento ha de disciplinarse en los surcos raciales de la tierra que levanta polvo de la tradición y dibuja exacta geometría del pensamiento. Hay que pensar como el labrador ara: mirando al cielo infinito del porvenir detrás del yugo de la disciplina, y en la mano la alzada como una flecha disparada al blanco del futuro, clavando el pico del arado—pico del pensamiento—en la tierra milenaria, en el corol de lo eterno, de lo tradicional.

Mola, enalzado en el pasado glorioso de España, cómo soñaba con la ventura de un futuro magnífico para nuestra Patria. "Crearemos un gran que, de 10 a 15 años, y lo crearemos entre todos y para todos. Y cuando pasados los años, alejados de la pesadilla de la guerra, el historiador cierre el capítulo de este período sangriento y glorioso de la vida nacional, escribirá como dulce y expresivo comentario: "...y al cesar la contienda, sobre las ruinas de un pasado que fué de oprobio y de vergüenza, se edificó un Estado nuevo, y España, entonces, volvió a ser España: la España del Cid, la de los Reyes Católicos, la de los Cortés y los Pizarros, la de las temidas picas y la de las letras de oro. ¡La España inmortal!".

General Emilio Mola Vidal: ¡Presente!

MIRULIPTOL

Evita la caída del cabello, fortifica el cuero cabelludo, hace desaparecer la infección microbiana, facilita el crecimiento del cabello.

Preparado por LUIS H. MIRUENA en su Farmacia y Laboratorio, Generalísimo Franco, 81

Generalísimo Franco, 81

PRECIO UNICO, 7,50 PESETAS

Venta: Principales Farmacias, Droguerías y Perfumerías

LA GRAN REVISTA TECNICA NACIONAL

"Metalurgia y Electricidad"

Triunfante en la España de Franco, es llevada con enorme éxito a América

Entre los grandes valores creados y consolidados en la España Nacional, como nuncio venturoso de una era de resurgimiento, figura en primera línea la insignie Revista técnica "METALURGIA Y ELECTRICIDAD" de la que debemos sentirnos orgullosos los españoles como algo que nos prestigia y engrandece ante nosotros mismos y ante el extranjero. Varias veces nos ocupamos de ella en estas columnas y hoy con motivo de otro gran avance, lo vamos a hacer nuevamente.

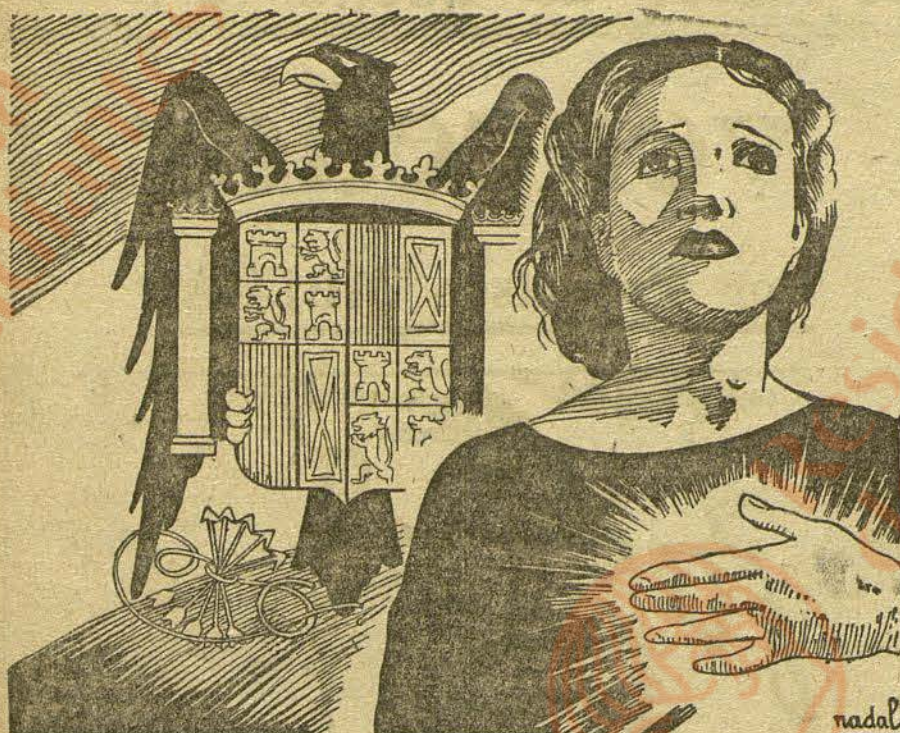
La notable publicación técnica, única en su género en la auténtica Patria, regida por los más ilustres cerebros, al frente de los cuales figura en calidad de alto asesor el eminente jesuita R. E. Pérez del Pulgar, tras de su definitiva y triunfal consolidación en España, como lo prueban, entre otros hechos, la reciente felicitación que el Consejo de Electrotécnicos Alemanes, organismo de enorme relieve en la nación germana, envió a "METALURGIA Y ELECTRICIDAD" por su gigantesco esfuerzo, y los alientos frecuentes que, según nos consta, recibe de las Embajadas de Italia y de Alemania en España, animando a proseguir a la Empresa por el camino emprendido.

Por si todo esto fuera poco la gran Revista que nos da brillo y honor acaba de ser solicitada en sus oficinas accidentales de La Coruña — Plaza General Mola, 25 y 27 para su expansión en América. Las importantes firmas "Central de Ediciones y Publicaciones Ibero-Americanas" y "The Foreign News Agency Inc." de Buenos Aires y V. Villalba de Méjico D. C. han pedido con intenso afán a los rectores de "METALURGIA Y ELECTRICIDAD" concesiones y pactos para ser difundida en los grandes centros americanos la formidable revista técnica.

El trabajo, la ciencia y la industria de la España de Franco se pasean ya como airón glorioso por todos los ámbitos del mundo por el vehículo de "METALURGIA Y ELECTRICIDAD". Debemos sentirnos orgullosos los españoles por estas conquistas y estar dispuestos a apoyarlas con el más patriótico empeño.

Hay un frente del que nadie habla

Por Concha Linares BECERRA



Nuestro hermoso idioma, tan rico en adjetivos, tan abundante en conceptos, tan colorista, tan vario se nos antoja pobre, gris y pequeño cuando lo empleamos para ponderar a los soldados de España o los combates heroicos que al mundo asombran. Y es que para cantar nuestra epopeya, que síramos palabras nuevas, de las que nadie antes que nosotros se hubiera servido; palabras que sonasen a himno, a marcha triunfal, a música clara...

No cansa hablar del frente ni escribir ni leer sobre el frente. En cronista, el visitante de la línea de fuego, siempre hallará en esta intensa emoción para los sentidos y para el espíritu, que ha de traducirse luego en emborronamiento de cuartillas o en entusiastas narraciones verbales.

"Prodigioso el avance... El heroísmo de nuestros soldados, se manifiesta una vez más... Un diálogo interesante con el laureado General X... A pecho descubierta, conquistaron nuestros bravos la elevada cota, en la que ya ondea la bandera de España..."

Hoy hablamos de un frente; hablémos ayer de otro; hablaremos mañana de aquel que nuestra invicta Caudillo ponga en movimiento y sobre el escribiremos y por el viviremos nuestros corazones...

Pero hay un frente del que nadie habla; un frente silencioso, modesto, con rubor de darse a conocer; un frente sin estruendo de obuses, ni ruido de motores de aviación, ni rumores de voces de mando... Este es, frente a ese ruido y esos rumores, éste es en ese frente como en soldado; éste es con los ojos del alma que reza, tiembla y espera... o no espera ya nada y sólo recuerda y reza...

En el frente del que nadie habla, también se sufre, también se ganan victorias... Es un frente espiritual, sin sangre pero con morales desgarraduras; frente en el que se encuentran en fervores y tensa vigilia, las madres, las hijas las esposas y las novias de los combatientes. Porque estas mujeres, que con ánimo alegre y en los labios sonrisas, trabajan por la Patria en la retaguardia, están en la vanguardia del dolor.

[Madres que han visto caer maritizados a los hijos de su alma, o que generosas los dan para que España viva! Esposas que en tregua su dicha y contemplan las ruinas del hogar recientemente formado! Novias con la ilusión rota y que no serán nunca esposas y madres! Hijas a quienes nunca siempre falta el amoroso y santo apoyo del brazo paternal! Miles y miles de muje-

res españolas, en este frente extendido por toda nuestra Patria... Miles y miles de corazones que no ignoran la crispación ni el sagrado orgullo del dolor heroico, del renunciamiento y del martirio...

Habría pluma que con más méritos que la mía, canten algún día a este frente del que nadie habla... Yo voy a limitarme a evocar imágenes que conservo en la retina de mi pensamiento...

Todos en la Embajada, se daban cuenta. La anciana señora perdía poco a poco las últimas fuerzas, se consumía de pena, se acababa...

La evocaron. Yo la vi cuando llegó a la zona, nacida; y me costó trabajo reconocerla. Era un cadáver... era un pobre cuerpecito encogido, agotado... una pavesa que el menor soplo deshace... Pero sonreía... Y me dijo unas palabras—que por emotivas, perdí en estas columnas— para bendecir a Dios por haber elegido a nuestra familia para otorgarles mártires por España; mártires que son tantos, predilectos del Señor...

Y sonreía, asimismo al recordar a sus mártires, sus tres hijos marinos, asesinados por la horda, cazados a tiros por la tripulación de sus barcos... ¡Sus tres hijos! ¡Los tres! ¡Su ilusión y su orgullo y su alegría!

La anciana ha muerto de tristeza, sumamente, serenamente, sonriendo...

—Hasta mañana, papá... Que la Virgen te proteja...

—Hasta siempre, hija querida...

Cargada con la cesta de la comida, la cabeza ligeramente inclinada, se alejaba de la cárcel la muchacha, ¡qué largo el camino de regreso! ¡Y qué interminables y qué pavorosas las horas que faltaban para que al siguiente día pudiera recorrerlo en dirección contraria, ligeros los pies y estremece el alma! ¡Encontraría a su padre, ¿Viviría éste aún? Más de una vez, había oído cómo los milicianos decían a otras desdichadas:

—Puedes llevarte la comida. Tu "partiente" no la necesitas ya...

—¿Qué patidos tan fuertes los de su corazón! ¡Por qué la miraban hoy tanto los milicianos! ¡Irian a anunciarle también a ella...? Y en la espera angustiosa, un sudor frío bababa su frente, una consola infinita lacrobaba su ser...

—¡Papá...! ¡Papá... de mi vida...! ¿Cómo estás? ¿Qué te hacen?

—¡Calla, hijita... Van a otro...

Y así una semana y otra y otra... Hasta que un día fueron dirigidas a ella las palabras fatídicas:

—Llévate la comida, compañera. El viejo no está ya aquí...

—El viejo no está ya aquí... El viejo no está ya aquí... repetía cada uno de sus pasos al alejarse de la cárcel siniestra...

—No está ya aquí... No está ya aquí...

—Hasta siempre, hija querida...

En el comedor austero, de balcones cerrados, sonaba muy débilmente la radio, tan débilmente que para poder oír, todas las cabezas se apoyaban en el aparato.

Otras pálidas de ansiedad, de terror, de tristeza... Entre ellas, la de una muchacha de poco más de veinte años, esposa de un Oficial de la Armada preso por los marxistas...

Queipo de Llano hablaba y era escuchado desde zona roja. De vez en cuando, exclamaciones de la familia "faciosa" agrupada en aquel comedor para oír la voz de España:

—¡Avancen siempre!...

—¡Que lleguen pronto!

—¡Que hermosos! ¡Escuchad!... ¡Qué hermoso lo que cuenta...!

—Baja más la radio... Las criadas están en el pasillo... sospechan... ¡Calla! ¡Va a hablar de los marinos! Y habló Queipo. Habló de los héroes Jefe y Oficiales apresados por la chusma marinera y entre los cuales se hallaba el marido de la muchacha que, blanca como el mármol, devoraba las palabras del General. Habló de cómo habían sido martirizados y de cómo se les arrojó al mar con el plomo al cuello... Esto contó el General locutor...

Y en el comedor de zona roja, sonó un gemido loco, que parecía no salir de humana garganta:

—¡Dios...! ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Dios mío...!

—¡Qué despacio iba el automóvil! ¡Más de prisa, más deprisa, Virgen santa! ¡Llegaría tarde!

—No podemos correr más, señorita; sería peligroso... Fíjese como está el camino...

No obedeció la novia la indicación del chófer. El camino estaba blanco de hielo en aquella tarde de Navidad, ya lo sabía... Blanco... frío... transido... lo mismo que la novia...

Batalla de Teruel... Horas de angustia, heroísmos y gloria... Nieve y viento... ¡Huyan del coche los árboles fantasmagóricos, o era el coche quien hula de los árboles?

De vez en cuando, en el interior de aquel, la súplica materna:

—Ten valor, hija mía... Llegaremos a tiempo...

—Sí... A tiempo... a tiempo de verlo morir...

Luego, de nuevo el silencio, tan sólo interrumpido por el sonido del claxon, de la marcha y del aire...

Con los ojos cerrados, relea mentalmente la novia el telegrama del hombre con el que dos semanas más tarde iba a casarse... Era aquel telegrama un llamamiento y una despedida...

Más deprisa, más deprisa... Más aire, más nieve, más frío... Detendímonos para mostrar los salvacordones, para pedir indicaciones, para aprovisionarnos de comida... ¡Más deprisa, más deprisa!

Al fin, sintió el temblor del suelo, como si un terremoto fuera a poner fin al viaje de pesadilla... Aproximándose al frente, al Hospital de primera línea en el que aquella misma noche moriría el teniente por la Patria...

Las manos en las manos del amado, los ojos en sus ojos, la novia había llegado a tiempo...

Y, como final de estas evocaciones, me permitiré copiar —¡perdón, María Luisa!— unos párrafos de la carta que la viuda de un héroe del "Baleares" escribe a otra muchacha viuda de un mártir de la Armada...

"Ya estás enterada de la horrible desgracia que Dios se ha dignado enviarme. No sabes bien cómo pensaba cuando era feliz, en todas mis amigas desgraciadas, me espantaba poder llegar a ser una de ellas. Tus cartas me admiraban y me hacían llorar. ¡Cómo es posible que pueda vivir! me preguntaba, y Juan me decía: —"Es que como ellos están en el Cielo, no cabe duda de que las mandan valor"... ¡Era Juan tan bueno! Por eso se ha ido con todos los suyos... ¡Qué abrazo tan grande se darían!

"Sé cómo murió, ¡cómo marino! Desde el primer momento, cayó herido, fletándolo las dos piernas, pero no obstante mandó lo trasladasen a su puesto y desde allí seguía dando órdenes. Me nombró muchas veces, me recomendó a sus hijitas para hacerlas dignas de su muerte y cantando y gritando por su España querida, dijo estas sus últimas frases: ¡Animo, muchachos! ¡Adios, "Baleares"! ¡Arriba España!"

"¡Qué honor tan grande y qué orgullo me dejé! ¡Soy yo, insignificante criatura, la mujer de este valiente! Oremos, que me embriaga a veces tanto orgullo..."

"Dura es la Cruz que Dios nos envía, pero Él nos dará fuerzas para llevarla..."

En la capilla en penumbra, una ancianita desgranaba su rosario cuando yo llegué. A su lado, una señora y su hija, rezaban sin duda por el marido y el padre, como aquella rogaba por el hijo ausente. Y como yo, una muchacha, recó también...

Y nuestra plegaria debió de ser idéntica: —Protege a España y a Franco, Señor... Dáanos pronto el triunfo, para que "ellos" vuelvan...

Con nuestros soldados victoriosos, volverá la Primavera y se derrumbará para muchas ese frente del que nadie habla...

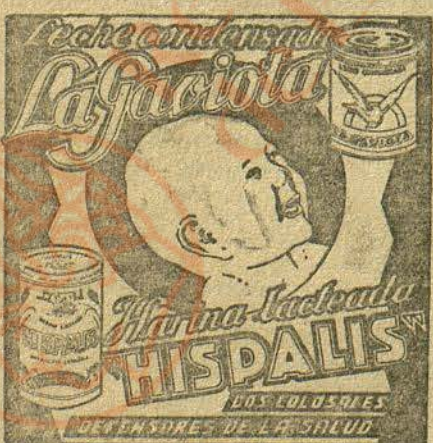
Ese frente en el que miles y miles de mujeres españolas continuarán siempre, en vigilia tensa y fervorosa junto a una Cruz...

PABLO MARIN

CONSTRUCTOR DE OBRAS

TALLERES MECANICOS DE CARPINTERIA

Logroño



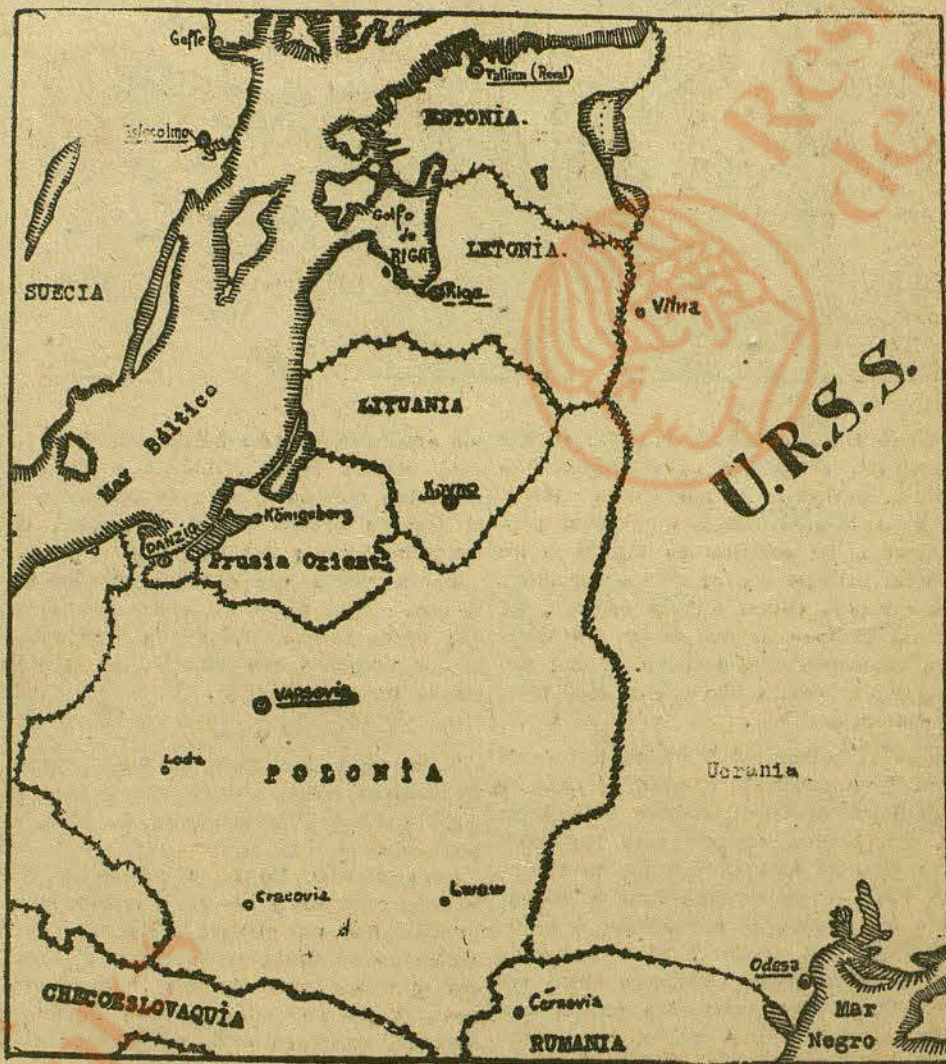
PRODUCTOS LACTEOS GISPERT
SEVILLA



Veintidos meses de guerra ruso - española

El león vencedor del oso

Por Francisco MELGAR



De todos los enemigos que nos han combatido en esta guerra gigantesca, el más obstinado, el más salvaje y también el más incoherente, ha sido Rusia, o mejor dicho el gobierno dictatorial de la Rusia soviética.

Todo lo malo que pueda ocurrir a ese país y singularmente a ese gobierno redunda, según las reglas de una lógica rigurosa, en provecho nuestro. Nosotros seguimos atentos al proceso de la descomposición de nuestro encarnizado enemigo, y no nos limitamos a aguardar pacientemente a que pase su cadáver delante de nuestra puerta, como aconseja la sabiduría mora, sino que procuramos por todos los medios hacer más cercano el dichoso instante en que nos veremos libres — y con nosotros Europa entera — de la pesadilla soviética.

Y, en este sentido, las repetidas victorias de nuestras armas son otros tantos golpes mortales asestados a la soberbia rusa que se había acostumbrado a considerar el bendito suelo de nuestra patria como tierra colonizable y apta a soportar las bárbaras experiencias comunistas.

Un día, cuando se escriba la historia de conjunto de este siglo extraño que nos ha tocado vivir, descubrirán con asombro nuestros hijos que una generación, en apariencia inteligente y normal, cometió la insignificante traición de abrir nuevamente las puertas del mundo civilizado a los bárbaros que desde las estepas orientales soñaban como Attila o Gengis-Kan en someter a ignominiosa esclavitud a las viejas razas de Occidente. Por los anchos portales de Europa abiertos de par en par se precipitó el torrente arrollador, y no paró hasta llegar a España que se había señalado como primera etapa de la conquista.

La extraordinaria e imprevista resistencia española cortó en seco el avance del enemigo de nuestra civilización que pensaba instalarse sólidamente en este extremo del Mediterráneo para coger a Francia, Alemania e Italia entre los dientes apretados de una monstruosa tenaza.

Vencida en su primera acometida — como lo fué cuando pretendía apoderarse de Varsovia — Rusia ha realizado un descomunal esfuerzo para transformar en victoria esa inicial derrota; así y no de otra forma se explica la insólita prolongación de una guerra que tenemos ganada desde hace cerca de un año y que ya se hubiese terminado, a pesar de Rusia, si esta no hubiese encontrado en otras naciones europeas complicidades vergonzosas e imperdonables.

Este redoblado esfuerzo de los Soviets no ha servido sino para demostrar la fundamental incapacidad guerrera del pueblo ruso, los vicios enormes de su organización interior, la impopularidad de su régimen, la barbarie a que habían retornado los habitantes de un país que durante tres siglos tuvo el inmerecido honor de pertenecer a la colectividad europea.

Pero todo ello trajo de rechazo otra consecuencia que es la que quisiera destacar en esta crónica en la que invito a mis lectores a pasar la mirada sobre el mapa de Europa al cabo de estos 22 meses de guerra ruso-española.

Los pueblos de Europa, después de la traición de sus dirigentes, han comprendido el peligro inmenso que aquella les hacía correr. La heroica resistencia del pueblo español había dado tiempo a que reflexionaran serenamente sobre la suerte que les esperaba si el dique protector venía a romperse. Y, sin escuchar la voz de sus malos consejeros, ellos han sido los que han impuesto la creación de esa especie de cordón sanitario que hoy se tiende entre Rusia y el mundo civilizado y que las furiosas embestidas de la bestia soviética no alcanzan a modificar.

Desde los límites del Mar Arctico hasta la raya oriental del Mediterráneo, todos los pueblos y las naciones han constituido un bloque compacto, que, sin resquebraadura alguna, impide el paso de la fiera rusa en su caminar desde la estepa hacia las ricas llanuras de Europa.

Allí en lo alto está Finlandia que conserva recuerdos crueles de la dominación rusa y por nada en el mundo quisiera ser bolchevique; debajo se encuentran Estonia y Letonia que, lo mismo que Lituania, su vecina del Sur, se mueven dentro de la órbita de Polonia, la gran nación eslava que por su anticomunismo declarado ha tomado la sucesión de Rusia en el papel de protectora de las pequeñas nacionalidades bálticas. Mientras Letonia y Estonia desde el primer día demostraron irreductible hostilidad hacia el gobierno soviético, Lituania, separada de Polonia por agudos conflictos territoriales, parecía dispuesta a escuchar las insinuaciones del K. m. i. n. t. e. r. n. cuya propaganda

da se revelaba particularmente activa en Kaunas, pero la feliz conclusión del reciente acuerdo polaco-lituano ha puesto fin a una tensión penosa y Lituania ha entrado a formar parte del bloque de los países neutrales que, capitaneados por Polonia, forman un muro de contención entre Rusia y el Reich alemán.

El coronel Beck, el gran político polaco, sin duda ha de dejar unido su nombre a la realización de esta magna empresa a la que ha consagrado su existencia y que es el bloque de los países anticomunistas del Este; lo merece incontestablemente por haber asignado como finalidad esencial a ese bloque la de impedir que las tropas soviéticas puedan jamás amenazar territorialmente a Europa, ya que les está completamente prohibido atravesar la barrera sanitaria creada por su constante esfuerzo.

Polonia está a la cabeza de esta cruzada, según acabamos de ver, pero no hay que olvidar que para este fin tiene en Rumania una poderosa aliada, no en vano están celebrando actualmente importantes reuniones los jefes de los estados mayores de Varsovia y de Bucarest; no en vano ha inscrito el rey Carol como uno de los artículos fundamentales de la nueva Constitución rumana la absoluta prohibición de permitir el paso de tropas extranjeras por el territorio nacional; no en vano todo el litoral del Mar Negro y toda la frontera de Besarabia ofrecen el aspecto de un campo atrincherado.

Al Sur de Rumania, Bulgaria, cuyo soberano se ha puesto personalmente a la cabeza del movimiento anticomunista, Turquia, cuyo dictador conoce mejor que nadie los peligros de la propaganda rusa, Grecia que constantemente está defendiéndose contra los conspiradores extremistas; estos tres países son adversarios obligados de la política de expansión del K. m. i. n. t. e. r. n. soviético y constituyen la prolongación inflexible hacia el Sur del bloque anticomunista del Este europeo.

Si hubiese sido coherente la política de los amos del Kremlin, es probable que, a raíz de su fracaso inicial en España, hubieran procurado hacer olvidar su traición esforzándose por borrar hasta las trazas de sus secretos designios para no alarmar con su prurito imperialista a los países vecinos que eran precisamente los que podían oponerse inmediatamente a su expansión.

Pero Stalin, terco discípulo de Lenin, ha querido que se realizara íntegramente la profecía del fundador del bolchevismo y este empeño probablemente le costará la pérdida de su imperio.

Mientras en los campos ensangrentados de España refina el bolchevismo su gran combate contra la civilización y contra Europa, los pueblos europeos tenían tiempo más que suficiente para recobrar el espíritu y organizar su defensa. Así mientras se levantaba apresuradamente en el Este el fuerte cordón sanitario a que me refería hace un instante, quedaban aisladas en un extremo del Mediterráneo las avanzadas

del ejército comunista pechando claramente por la causa de la revolución internacional.

Las grandes naciones occidentales, una tras otra, habían de confesar el tremendo error que fué el suyo al dar entrada a Rusia en el concierto de las naciones civilizadas, y, del mismo modo que en Oriente se erguía una barrera robusta contra la invasión roja, en las asambleas de Occidente quedaba el representante de los Soviets en la más desahogada de las posturas, aislado y solo como un pestífero, perdido en medio de sus intrigas y sin esperanzas de poder remontar la corriente de fría y universal hostilidad.

Ni siquiera se atreven a sostener las insensatas ambiciones de Moscú los países que como Checoslovaquia nos habíamos acostumbrado a considerar como instrumentos de la política del Soviet en el mundo. Con vencida Checoslovaquia por las recientes vicisitudes de su política interior de que no puede contar para nada con el socorro de Rusia en caso de conflicto, se ha lanzado por un camino que no puede sino disgustar profundamente a los moscovitas. Conviene destacar a este propósito — por lo que tiene de significativo — el envío de un agente general a la España de Franco, decisión que contradice evidentemente todos los planes de Moscú.

Al cabo de estos veintidos meses de guerra...

ALEGRE LA SONRISA
USANDO
PASTA DENTÍFICA
RIVE
EL PRIMER DENTÍFICO ESPAÑOL
LABORATORIOS RIVE LOGROÑO

DOMINGO en los Estados Unidos

Mosáico

Por Juan NERVION

Una de las fiestas más sonadas de la primavera neoyorkina ha sido el magnífico desfile de carrozas que como preludio a la Exposición Mundial que se celebrará en Nueva York el año próximo, atravesó toda la ciudad, terminando en los terrenos que se están habilitando para ello. Se está trabajando activamente y ya hay varios edificios levantados en 1.200 acres que de terreno pantanoso en Long Island se están transformando en una inmensa explanada que será escenario de la feria más grande del mundo.

Las industrias y corporaciones más importantes del país, así como varias naciones, tuvieron su representación alegórica en ingeniosas carrozas. Allí vimos la carroza de los deportes con Babe Ruth, el que fué ídolo de "base ball", vestido con el uniforme que le dió tantas glorias y tanto dinero. También iba Jack Dempsey y otras muchas celebridades; pero lo que más llamó la atención, por lo menos a los hombres, fueron las carrozas representativas de distintas playas, con sus grupos de auténticas bellezas en reducidos trajes de baño. Aún que el tiempo no estaba para desnudos había que ver a estas chicas con qué alegría saludaban y reían desafiando catarras y pulmonías.

Es natural que esta procesión de carrozas restara animación al desfile proletario del Primero de Mayo porque espectacular como el primero se ven pocas veces en la vida y en cambio las manifestaciones socialistas más o menos densas, son muy corrientes en Nueva York de unos años a esta parte.

Los que tuvimos ocasión de presenciar parte de los dos desfiles, registramos un violento contraste entre la belleza y alegría de uno y la ordinaria de la exhibición proletaria que con su multitud de mujeres sudorosas y vociferantes (las tiorras de una mano) si tienen alguna influencia política democrática se enajenan en cambio, la simpatía y los votos de las personas de buen gusto.

Rompía la marcha en formación un centenar de hombres uniformados con camisa y pantalón de un color y boina. Son los que han peleado en España en las filas de la brigada Lincoln y a quienes ya se titula veteranos de la guerra civil española. Bandera, americanas, rojas y republicanas españolas; alegorías contra el fascismo contra Mussolini y contra Hitler; y carteles y gritos pidiendo ayuda para España. Mientras tanto infinidad de hombres y mujeres con sus correspondientes huachas pedían dinero para ayudar a la democracia en España, según decían.

Pero lo que más llama la atención en estas manifestaciones es la asistencia extraordinaria de judíos y su influencia en toda clase de actividades y conflictos obreros. ¿Qué persigue el judaísmo para tratar con tanto interés de encauzar y controlar al proletariado norteamericano? Indudablemente teme que el movimiento iniciado por los Reyes Católicos en 1492 y continuado ahora en algunas naciones de Europa, se extienda algún día a este país que por ellos es la nueva Tierra de Promisión y contra esa posibilidad toma sus precauciones. No es suficiente su dominio comercial absoluto en las grandes ciudades de América y ya comienzan a filtrarse en el campo de la política. En Nueva York el gobernador uno de los senadores y el alcalde son hebreos. A este último ya se le considera candidato para las próximas elecciones presidenciales. Los judíos controlan las 3 grandes fuentes de la propaganda moderna que son la prensa, la radio y el cine; de esta forma, poniéndolos decididamente de parte de la España Roja y movilizándolos como ellos saben esos temibles elementos de difusión se explica una la confusión que nuestra guerra ha producido entre todo el pueblo americano.

A esa propaganda y colaboración monstruosa se debe también el estado de ánimo tan exaltado en que se encuentra aquí el obrero español que entrega una parte de su sueldo inútilmente, en favor de una causa cuya génesis y verdadera finalidad desconoce porque por lo general hace muchos años que emigró de España y lo alucinaron con una campaña de origen antiespañol. Estos estados pasionales colectivos creados por los grandes responsables de España han desembocado en estas monstruosas alianzas con los enemigos tradicionales de nuestro país, entre los que figura el judaísmo internacional.

El revuelo de la semana nos llega de la costa del Pacífico. La Asociación de Teatros Independientes ha publicado un manifiesto en un periódico de Hollywood declarando categóricamente que ya están cansados de perder dinero con las grandes estrellas del cine. Para justificar su actitud revolucionaria dicen estos señores que a pesar de su incuestionable habilidad artística, el poder de atracción pública de ciertas luminarias es solamente fugaz y con objeto de poner remedio al mal, proponen la supresión del sistema de profundos contratos con que se ven favorecidas estas estrellas a cambio de la exclusividad de sus servicios a las compañías interesadas.

Es fácil comprender la sensación que ha causado el manifiesto en el mundo de la cinematografía y aunque se espera que la reacción que produzca entre las estrellas no ha de comprometer la paz mundial, el caso merece su comentario ya que no deja de tener interés la página de salarios que acompaña al documento. En las listas negras aparecen Greta Garbo con un sueldo de 8.000 dólares semanales; Mae West, que recibe 300.000 dólares por película; Katherine Hepburn, 100.000 dólares por película; Kay Francis, 5.500 dólares semanales; Marianna Dietrich, 200.000 dólares por película; Edward Arnold, 2.000 semanales; Les cantantes Grace Moore y Lily Pons que cobran 75.000 dólares por película; Fred Astaire, 300.000 dólares por película; y Joe Penner con 2.500 dólares semanales. En cambio esos empresarios aprehen los salarios, por muy fabulosos que parezcan, de otras estrellas que mantienen su popularidad en las taquillas. En este grupo se encuentran: Clark Gable y Myrna Loy con 5.000 dólares semanales; Gary Cooper, Claudette Colbert y Celore Lombard, cada uno con 150.000 dólares por película; Dick Powell con 200.000 dólares; Sonja Helmer, Ronald Colman y Ginger Rogers, 100.000 dólares cada uno; la niña Shirley Temple, y Jack Holt, 125.000 dólares; Marie Oberon, 75.000 dólares; Charles Boyer, 85.000 dólares; Spencer Tracy 4.000 dólares semanales; Fanny Boyer, 85.000 dólares semanales; Jane Maitte Mc Donald, 5.000 dólares semanales; Warner Baxter y Robert Taylor, 5.000 dólares semanales; Judy Garland, 750 dólares semanales y Eddie Cantor que trabaja al tanto por ciento de las ganancias en cada una de sus películas.

Conviene añadir a esta lista fantástica de dólares los 75.000 más 10.000 dólares para gastos extraordinarios que recibe anualmente el Presidente de los Estados Unidos. Compararemos todo esto con el sueldo del Generalísimo Franco que según explica el correspondiente artículo de "New York Times", Mr. Harold Callender en uno de sus recientes artículos, recibe el mismo sueldo de antes de la guerra, o sea 1.600 pesetas mensuales — 160 dólares al cambio oficial. Con el ridículo fox-trot "We Have No Bananas" (No tenemos bananas), tan popular hace algunos años, ganó más su autor que Verdi con todas sus óperas.

Las continuas tentativas del gobierno de la URSS de construir barcos de guerra en los Estados Unidos parece que por fin adquieren un giro de positiva realidad. Una firma de ingenieros navales de Nueva York ha recibido el encargo de Moscú de proyectar un superacorazado de 1.000 pies (304 metros) de largo. Sobre este particular se ha dicho en el Departamento de Estado que Washington no pondría obstáculo alguno para la construcción de dicho barco en un astillero de empresa particular, pero que desde luego no permitirían sean empleados inspectores de la marina norteamericana. De llevarse a cabo este proyecto, el nuevo acorazado será el más grande del mundo porque el inglés "Hood" con sus 42.100 toneladas, que es el record en construcción, nes navales de guerra tiene 360 pies (362 metros) de largo. Se calcula que a este proyecto de Rusia le corresponde un desplazamiento de 45.000 a 50.000 toneladas, una velocidad de 32 nudos o más y cañones de 16 pulgadas (40,64 cm.). Además, llevaría la protección de una formidable coraza de 18 pulgadas (45,72 cm.) de espesor.

La firma de ingenieros navales Gibbs y Cox que ha recibido este encargo de Rusia, está ahora trabajando con el Ministerio de Marina de los Estados Unidos en la construcción de los nuevos acorazados "North Carolina" y "Washington" de 35.000 toneladas.

Como este plan ruso-americano se iniciará con la construcción de un astillero con capital privado, es decir independiente del gobierno, se supone que la conformidad del Ministerio de Marina se debe principalmente a que este astillero sería después aprovechado para la construcción de barcos americanos. El interés del gobierno de los Soviets en adquirir en este país acorazados de capacidad extraordinaria es consecuencia de los rumores persistentes de que Japón tiene ya en construcción superacorazados de 40.000 a 45.000 toneladas.